

SERVICIO SECRETO

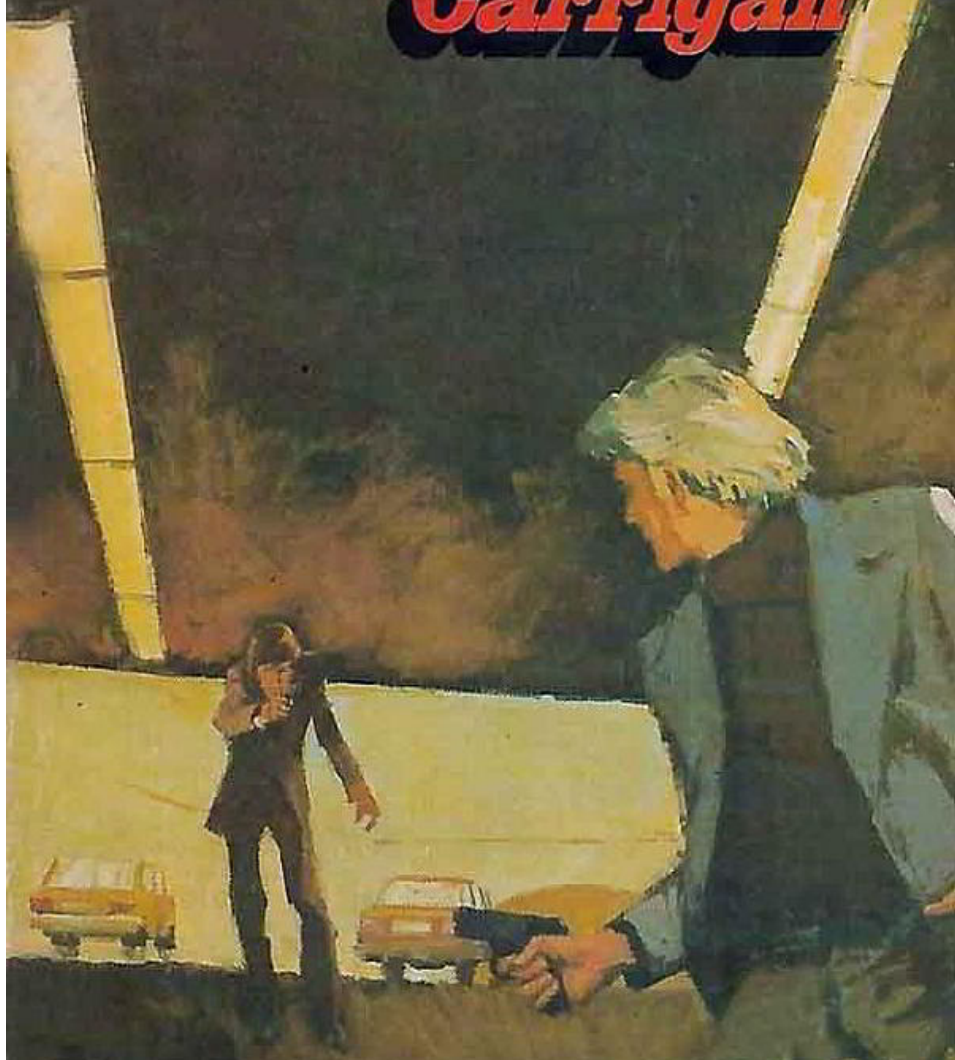
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**CONFIDENCIA
POR
CONFIDENCIA**

***Lou
Carrigan***



Se llamaba Brett de Brando, tenía treinta años, era americano, y vivía como un cerdo.

Punto.

Y lo del cerdo no es un decir, pudiendo añadir que no se le hacía ningún favor a los cerdos comparándolos con Brett de Brando. Para colmo de males, ni siquiera sabía tratar a las mujeres, fuesen negras o blancas. Eso sí: no le importaba que fuesen negras o blancas. Que no era racista, vamos. Lo mismo se tiraba una negra, que una blanca, una amarilla o una esquimal pintada a cuadros.

Porque eso sí le gustaba: darle gusto al cuerpo. Por lo demás, ahí se las diesen todas.



Lou Carrigan

Confidencia por confidencia

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1760

ePub r1.1

Lds 11.03.19

Título original: *Confidencia por confidencia*

Lou Carrigan, 1984

Cubierta: Desiló

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Se llamaba Brett de Brando, tenía treinta años, era americano, y vivía como un cerdo.

Punto.

Y lo del cerdo no es un decir, pudiendo añadir que no se le hacía ningún favor a los cerdos comparándolos con Brett de Brando. Para colmo de males, ni siquiera sabía tratar a las mujeres, fuesen negras o blancas. Eso sí: no le importaba que fuesen negras o blancas. Que no era racista, vamos. Lo mismo se tiraba una negra, que una blanca, una amarilla o una esquimal pintada a cuadros.

Porque eso sí le gustaba: darle gusto al cuerpo. Por lo demás, ahí se las diesen todas.

Por ejemplo, vivía en algo parecido a un estercolero situado en una buhardilla de uno de los bajos edificios medio podridos sitos en el puerto de Gonaïves, en Haití. En el Caribe, vamos.

¿Que cómo había ido a parar allí un sujeto de las posibilidades físicas y mentales de Brett de Brando? Eso ya es historia para otro libro, de modo que digamos que según los baremos mundiales de las posibilidades humanas el tal de Brando merecía mejor acomodo en la vida. En el puerto se decía que estaba allí huyendo de las autoridades norteamericanas, que lo buscaban para juzgarlo por un delito de sangre.

Pasional, claro. Porque lo que se decía era que Brett de Brando había encontrado a su mujer en la cama con otra mujer (no con un hombre, que esto habría sido muy vulgar y no se le hacía a Brett de Brando), y que su venganza había sido terrible. Primero, se las había congratulado a las dos, o sea, para entendernos, que se las había tirado. Y luego les había cortado el cuello, por marranas. Claro, después de esto el señor de Brando había tenido que convertirse en

un fugitivo eterno.

Y, de aquí para allá, finalmente, un día había aparecido en el puerto de Gonaíves, donde para quien quisiera trabajar siempre había alguna cosilla que hacer. Poca cosa, que no es cuestión de matarse, en esta vida de trampas para tontos. Lo justo para ganar para ron y algo de comida.

Porque las mujeres las tenía gratis el señor de Brando, vaya que sí. Y además, como suele decirse, había tiros en el puerto por acostarse con él, especialmente entre las negras. Las blancas o mulatas también, pero menos. En cambio las negras se volvían locas por Brett de Brando. Y vaya usted a preguntarle a Brett su secreto al respecto, vaya...

En fin, que mirado bajo un prisma de tolerancia humanitaria el señor de Brando tampoco se lo había montado mal eso del cuento de vivir. Trabajaba poco y sólo cuando era ya inevitable absolutamente; tenía más sexo del que pueden consumir una docena de hombres normales; le convidaban a ron, a comer o cenar y casi siempre a tabaco; y, para terminar el chollo, vivía gratis en su pocilga, desde la cual se veía el mar, los cocoteros lejanos y, todavía más lejana, la salida del sol. Como decía Brett de Brando, muchos de los que le criticaban habrían dado un huevo para tener todo esto.

Y él, todo gratis.

Por ejemplo, aquella mañana de calor infinito, y mientras en el puerto había gente tan inocente que incluso trabajaba de verdad. Brett de Brando estaba echando un polvo de muerte con Marguerite, la negra cachondísima que habitualmente conseguía lavarle la ropa cada cinco o seis meses. Por tales dilatados servicios Marguerite gozaba por lo menos semanalmente de los favores sexuales del bello Brett de Brando, que ya empezaba a estar harto de la negra, porque era una anciana. Sí, señor. Marguerite era ya una vieja, pues había cumplido los veinticinco años. Una momia, vamos. Una momia capaz de matar de gustoso infarto a cualquier neoyorquino, parisino o romano, por decir algo, porque estaba más buena que vivir de gorra.

Pero para de Brando era ya vieja. Y es que cuando uno trataba con Brett de Brando las cosas solían desquiciarse. Nunca se sabía por dónde cogerle. Igual le daba una limosna al alcalde que le robaba las limosnas a un ciego. Y no es que estuviera loco, no. De

eso ni hablar. Era simplemente, que el señor de Brando había llegado a una conclusión: en la vida, o hacía uno lo que le daba la gana o no valía la pena vivirla. Y se acabó la discusión, compadres, que me espera el sargento.

¿Qué le venía de gusto a Brett de Brando hacer aquella mañana?: echar un polvo con la «vieja» Marguerite. ¿Qué estaba haciendo Brett de Brando aquella mañana? Pues, ni se pregunta: echando un polvo con la «vieja» Marguerite.

La cual, por cierto, en aquellos momentos estaba que volaba de gusto, asegurándole a Brett al oído que así se hacían las cosas, que no se le ocurriera parar, y que la iba a matar del gusto...

Pero no la mató, sino que, cuando ambos se repusieron del tremendo y sacrificado esfuerzo de echar el formidable polvo, Marguerite soltó un suspiro formidable, se pasó las manos por los sensacionales pechos, y exclamó:

—¡Viva tu madre!

—Deja a mi madre en paz, que no tiene nada que ver con esto.

—¡Vaya si no! ¡A ver quién parió al hombre que más muerta me deja en la cama sino tu madre!

—Marguerite, no me cabrees.

—¿Me echarás otro si te canto algo?

Se echaron a reír los dos por la vieja broma. Y es que una vez, después de hacer el amor, Marguerite se había puesto a cantar, y en el acto comenzaron las lluvias de temporada. Brett encendió dos cigarros de hoja olorosa liada a mano, que es como se ha de fumar, y no todas esas porquerías blancas y saturadas de químicas mil, y le puso uno a la negra entre los labios.

—¿Me podrás prestar unos cuantos gourdes, Marguerite?

—Te regalaré unos pocos dólares que he conseguido —aseguró ella.

—Pues mejor. No es que me guste vivir de las mujeres, pero a ti no te importa darme unas monedas, ¿verdad?

—No, no me importa, Brett. Te quiero, así que está bien.

—¿Cómo que me quieres? —Gruñó él.

—Te quiero mucho mucho, pero no de ese modo que quieren las mujeres, sino sólo queriéndote.

Brett de Brando se quedó mirando con el ceño fruncido a la negra. Estaban en lo que él llamaba su lecho, y que era una yacija

miserable en el suelo cerca de la ventana, ambos desnudos. Afuera lucía un sol espléndido, y desde el puerto llegaban rumores de actividad adormecida. Hablaban en una especie de francés maltratado a más no poder en el que Marguerite mezclaba dialecto nativo y lo que sabía de inglés, o sea que de la conversación podía salir cualquier cosa, pero Brett estaba seguro de haber entendido a la negra.

—Vamos —dijo—, que me quieres de verdad, sin egoísmos.

—Claro.

—Eso está bien —suspiró Brett, tendiéndose de nuevo en el lecho— porque si he de decirte la verdad quedé más que harto de egoísmos. ¿Tú nunca te has preguntado qué hacía yo antes de venir aquí?

—Sí, pero no me importa demasiado. ¿Qué hacías?

—Era espía.

Marguerite se echó a reír, y le echó a Brett a la cara el humo del cigarro. Luego, sin dejar de reír, se echó sobre él de modo que sus magníficos pechos efectuaron delicioso masaje en las barbudas mejillas de Brett, que correspondió con mordiscos controlados que encantaban a la negra...

Y estaban ya a punto de iniciar el segundo encuentro de aquella mañana cuando llamaron a la puerta de la vivienda de Brett de Brando. Bueno, fue como si hubieran llamado a la puerta del Templo de las Delicias, de Pekín, a juzgar por el caso que Brett y Marguerite hicieron. Continuaron con su gresca privada, y ya iba Brett a penetrar a la negra cuando sonaron más golpes en la puerta y a través de la madera llegó la voz en buen inglés americano:

—Señor de Brando, le traigo veinticinco mil dólares.

Brett de Brando pegó tal bote que estuvo a punto de llegar al techo con la cabeza. Acto seguido, y sin más consideraciones, fue a la puerta y la abrió, sin acordarse de que estaba desnudo y todavía en situación más que comprometida.

—¿Qué dice? —Gruñó.

Entonces vio a la mujer. Ciertamente, el que había hablado era un hombre, que estaba allí, pero junto a él había una hermosa joven pelirroja, de grandes ojos que todavía se agrandaron más al ver de aquella guisa a Brett de Brando. Éste cerró la puerta, lanzó una maldición, y fue a ponerse los pantalones. Desde el lecho.

Marguerite dijo:

—¿No vas a terminar conmigo?

—Ahora no, cariño. La semana que viene.

—No se deja así a una mujer, panza al aire.

—Pues vístete. Coño, Marguerite, ¿no has oído a ese tipo?

—Sí, pero veinticinco mil dólares no me quitarán a mí el trauma de lo inacabado.

—Pues escóndete en el lavabo y luego lo terminamos.

—¡Pero ya me han visto...!

—¡Pues quédate ahí pero estate callada, leche!

Marguerite se quedó allí, desnuda, lánguida y furiosa a la vez, alzando oraciones al cielo para que los visitantes de Brett que ella había visto tan fugazmente estuvieran allá sólo unos segundos. Brett abrió de nuevo la puerta, y movió la cabeza con un gesto como de gancho hacia dentro del antro.

—Bueno, pasen. Pero si prefieren esperarme en el bar de abajo...

—No, no —rechazó el hombre—. Preferimos hablar aquí... y a solas.

Brett cerró la puerta, y miró a Marguerite, a la cual estaba mirando la mujer pelirroja y había mirado segundos antes significativamente el sujeto.

—Marguerite puede escuchar todo lo que me digan a mí —dijo.

—Pues nosotros preferimos que no —dijo el hombre—. Y no habrá negocio si ella no se marcha. Es así de simple, de Brando.

—Pues ella se queda, así que...

—No seas tonto —dijo Marguerite, poniéndose en pie—. Ya nos veremos luego.

Recogió su vestido, se lo puso con un sencillísimo gesto, y antes de que fueran a darse cuenta ya estaban saliendo de la pocilga. La puerta se cerró, y Brett miró hoscamente al recién llegado. Éste medía casi metro noventa, era rubio, tenía los ojos claros, los hombros anchos, las manos grandes... Era un sujeto de cuidado, tal vez cinco o seis años mayor que Brett. La pelirroja no debía tener ni veinticinco años.

—Bueno —gruñó Brett—, les diría que se sentaran y les preguntaría si quieren tomar algo, pero...

—Seremos muy breves, de modo que podemos estar en pie y pasarnos sin su convite —dijo el hombre—. Me llamo Gregory

Manning, ella es Margaret Cavendish, y hemos venido a proponerle un negocio deshonesto. ¿Le interesa?

—Ha dicho usted *deshonesto*.

—Absolutamente deshonesto y peligroso —asintió el tal Manning—. Tanto, que hemos tardado bastante en encontrar un hombre como usted y decidírnos a contratarlo. Como ya le he dicho le pagaremos veinticinco mil dólares por el trabajo. ¿Le interesa?

—Sí. Es decir, me interesa si no es un «trabajo», pero sí una golfada. Lo que quiero decir es que yo, de trabajar, lo que se dice trabajar, o sea, hincar el lomo o perder mi vida entre papeles, nada de nada. No sé si me explico.

—Se explica. No se preocupe, que no es nada de eso. Más bien se tratará de delinquir, matar a alguien, quizá robar algo, emprender una fuga, pilotar una lancha o un yate... Cosas así. Pero siempre como el gran mangante que no hace nada.

—Eso es lo mío —sonrió Brett, mostrando unos dientes sorprendentemente blancos—. ¿De qué se trata?

—¿Conoce usted a un tal Dorito?

—¿Dorito? No... No, seguro.

—Teodoro Guzmán, se llama. Lo llaman Teodorito o Dorito.

—Que no, corto, que no lo conozco.

—Él le llevará a un sitio donde terminaremos la conversación y prepararemos los detalles. Ah, señor de Brando, deberá llevar usted una mujer. Lo que quiero decir es que va a necesitar a alguien que le apoye en actividades secundarias.

—¿Y por qué ha de ser una mujer? Los hombres hacemos...

—No. Preferimos una mujer, por una razón muy sencilla; las parejas inspiran menos desconfianza cuando son hombre y mujer que dos sujetos con su catadura... y solos.

—Ya entiendo. ¿Qué clase de mujer tiene que ser?

—Inteligente, desprovista de escrúpulos y valiente. ¿Conoce alguna así?

—Claro que no —gruñó Brett—. Las que conozco son al revés: tontas, escrupulosas e histéricas.

La muchacha llamada Margaret se echó a reír.

—No parece que tenga usted buena opinión de las mujeres —dijo.

—Tengo la que se merecen. Si usted es inteligente, guapa y lista

yo no diré que es tonta, fea y retonta.

—Bueno —sonreía Margaret—, tal vez tenga usted ocasión de conocerme a fondo, señor de Brando.

—Si, tal vez —replicó él, mirando de reojo a Manning—. De todos modos no creo que sea usted la mujer que venga conmigo a hacer todas esas cosas deshonestas, ¿verdad? —No. Serían demasiado peligrosas para mí.

—¿Y de dónde saco yo ahora una mujer así? Vaya, qué idea ha tenido usted. Manning.

—La idea no es mía, sino de Dorito. En realidad, yo quería que fuese usted solo, pero al cabo de dos días de «pensar» Dorito me dijo que lo mejor será que fuese acompañado, pues inspiraría menos desconfianza en todos los ambientes; sobre todo si le acompañaba una mujer.

—Ya. Bueno, pues ya que tan listo es ese Dorito de las pelotas, que me consiga él ese mirlo blanco de mujer.

—Quizá se la consiga —sonrió Manning—. Bien, esta tarde, a eso de las cinco, déjese caer por La Tortuga Coja, y allá se reunirá con Dorito. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Obedezca a Dorito, de momento. ¿Necesita algún anticipo?

—Seguro que sí. Si me da usted mil dólares me vuelvo loco de gozo.

—Ahí van dos mil —separó Manning unos billetes de un fajo, que volvió a guardar en un bolsillo del pantalón—. Escuche, de Brando, quiero un hombre que sea capaz de matar, y si le gusta violar mujeres o secuestrar niños allá él. No me importa. Pero no quiero borrachos ni idiotas. Espero que esto quede bien claro.

—Está más claro que el agua.

—Pues vaya a las cinco a ver a Dorito en La Tortuga Coja.

* * *

No tenía la más remota idea respecto a quién podía ser el tal Dorito, pero comprendía que Dorito sí le conocía a él aunque sólo fuese de vista, de modo que poco después de las cinco de la soporífera tarde tropical Brett de Brando se dejó caer por La Tortuga Coja, se fue a una mesa colocada en un umbrío rincón

próximo además a un ventilador, y pidió una botella de *whisky* del bueno.

Estaba empezando a saborear el primer trago cuando entró el pequeñajo. Parecía talmente un bigote con un muñeco pegado detrás. Nada más verlo. Brett sonrió, porque realmente el enano aquel resultaba cómico, tan diminuto y con aquel bigotazo...

Pero en cuanto lo tuvo delante, y vio aquellos ojos negros y diminutos fijos en los suyos, el yanqui pensó que más valía no complicarse la vida con el enanito bigotudo, que vestía de blanco, olía a sudor muerto, y parecía tener más mala leche que un escorpión.

—¿Qué tal, señor de Brando? —le saludó—. Yo soy Dorito.

—Ya —asintió Brett—. Bueno, siéntese, llámeme Brett, y tome un trago, si gusta.

—Hombre, pues sí, ¿ve? ¡Ya lo creo que gusto! ¿Qué le parece si pedimos hielo?

—Por mí está bien así, pero si usted quiere hielo lo pedimos y tan contentos.

—Pues pidamos hielo. ¡Jodido calor...!

—Sí —admitió Brett.

Tres minutos más tarde tenían el hielo en la mesa. Dorito llenó un gran vaso con cubitos, y vertió sobre éstos una buena cantidad de *whisky*, pero razonable. Bebió un sorbo, suspiró, y dijo:

—A mí lo que me gusta son los hombres de mala leche como usted, señor de Brando. ¡Es que la gozo en grande viéndolos en acción, no puedo remediarlo! Y a propósito: ¿encontró la muchacha que debe acompañarlo?

—Claro que no —gruñó Brett—. Ni creo que pueda en contraria en un siglo. Lo mejor sería...

—Yo sé de una —Dorito sonrió como pidiendo disculpas por ser tan listo y lleno de recursos—. Como suele decirse, ¡es la puñeta en verso!

—No sé qué quiere decir.

—La iremos a buscar, y luego iremos los tres a otro sitio, para que les expliquen bien todo.

—Espere un momento, espere... ¿Quién es esa mujer, cómo es?

—Se llama María Dolores Valcárcel, pero a usted le bastará llamarla Marilola. ¿Que cómo es...? Bueno, amigo Brett... Puedo

llamarlo así. ¿No es cierto?

—Desde luego; ya se lo he dicho.

—Pues, amigo Brett, no es fácil decir cómo es Marilola Valcárcel. Es mejor verla en directo. Sólo le voy a decir una cosa sobre ella: no la haga enfadar, no se meta con ella, no la moleste.

—Pues, ¿qué pasa? —sonrió Brett de Brando.

—Que tiene más mala uva que una víbora sorda. Créame, Brett, no se complique la vida con Marilola..., y los dos podrán hacer ese trabajo que les reportará veinticinco mil dólares a cada uno. ¿De acuerdo?

Brett de Brando no contestó. Sonreía. ¡Estaba deseando conocer a Marilola para ponerle su hierro de marcar!

CAPÍTULO II

Estaban llegando.

Según Dorito la tal Marilola vivía al otro lado de la isla, pero muy cerca. Nada, un paseo en el par de destartaladas bicicletas que se habían procurado. Incluso era agradable hacer un poco de ejercicio, para variar. Porque uno se acostumbra pronto a la mala vida, y luego, claro, queda hecho una verdadera pena y un todavía más verdadero asco.

Y lo de la mala vida está bien dicho; que una cosa es no trabajar, que eso sí está bien y es gustoso y exquisito por demás, y otra cosa es no hacer deporte y convertirse en un montón de carne con ojos que se va deteriorando día a día. De cualquier modo, a Brett de Brando se le podía acusar de todo, es decir, de no trabajar y no hacer más deporte que el del sexo, así que tanto daba. Y que a nadie se le ocurra decir que lo del sexo es un deporte, ¿de acuerdo?

En resumidas cuentas, que la Marilola vivía en una casita en la playa de Coco, cerca de Port de Paix y delante mismo de la isla de la Tortuga. Algo así como si dijéramos uno de los últimos vestigios del paraíso que remotamente fue nuestro planeta.

—¿Y con quién vive? —preguntó Brett, sin dejar de pedalear.

—Con nadie.

—Ya.

Continuó pedaleando. Hacia un día sencillamente formidable, de esos calmos, quietos, de cielo que parece verdaderamente una turquesa gigante. Se vislumbraban reflejos de mar acuchillado por el sol.

—¿Y cómo es? —preguntó Brett.

—¿Quién? ¿Marilola?

—Estamos hablando de ella, ¿no?

—Eso hace rato.

—Bueno, pues volvemos a hablar de ella. ¿Cómo es?

Dorito se tomó su tiempo para contestar. A fin de cuentas no tenían otra cosa que hacer que pedalear y hablar, podían tomarse tiempo para ambas cosas, porque hasta la noche no tenían que ser recibidos Brett y Marilola en cierto lugar. Era por eso, por disponer de tiempo, por lo que Brett, tras concertar con Dorito la visita la tarde anterior, aquella mañana se había bañado y afeitado, y hasta casi parecía un buen muchacho. Lástima de su mirada resabiada en plan guapetón chulo.

—Pues es más bien normal de aspecto —dijo por fin Dorito—. No, si por ese lado todo va bien: es con su carácter con lo que hay que tener cuidado.

—Bah. Y además es una mulata, ¿no?

—Sí, es mulata.

—Pues cuando yo silbo las mulatas se quitan las bragas.

—Hombre —sonrió perversamente Dorito—, jeso también me gustaría a mí, la verdad! Bueno, tenga cuidado con Marilola.

Brett de Brando sonrió de lado, y ya no dijo nada más. Estaba harto de oírle decir al enano bigotudo que tuviese cuidado con Marilola. Pronto terminó el viaje. Vieron el mar, hermosísimo, refulgente al sol. Frente a la marcha estaba Port de Paix, pero Dorito desvió su bicicleta por un camino a la izquierda, y Brett le imitó. Cinco minutos después se detenían ambos ante una casita pequeña y blanca ubicada en la playa entre unos cocoteros. Era un lugar tan tranquilo y hermoso, tan natural, que parecía irreal.

Dorito se apeó de su bicicleta, y fue a llamar a la puerta. Brett también se apeó, y encendió un cigarrillo. Dorito estuvo llamando hasta convencerse de que no había nadie en la casa. Para entonces. Brett de Brando ya había visto a alguien nadando en la cercana playa, y caminaba hacia allá desganadamente, con las manos en los bolsillos y el cigarrillo colgando de los labios. Cuando se detuvo en la orilla del mar oyó tras él la voz de Dorito:

—¡Eh, Marilola! ¡Ya estamos aquí!

El yanqui estaba mirando a la mujer que nadaba. De modo que era la tal Marilola. Bueno, la entrada era estimulante: ella se estaba bañando completamente desnuda. No podía verla bien, pero allá en la arena había una toalla, y en el agua su cuerpo se veía libre de

toda indumentaria, reluciente al sol como una llama de bronce.

—¡Salgo enseguida! —contestó ella, en buen inglés—. ¡O mejor, venid nosotros a nadar un rato!

—Quita ya —gruñó Dorito—. Además, no he traído traje de baño.

Brett de Brando ni siquiera se molestó en decir nada. Dedicó unos segundos a estudiar la sugerencia de la mulata, y terminó por desdeñarla. Tiempo habría de cosas divertidas. Ahora lo que quería era trabajar en aquella granujada y ganar veinticinco mil dólares. Luego ya veríamos...

—Esperadme en la casa —dijo Marilola—. La puerta está abierta. Bebed lo que queráis. Además, así no me veréis cuando salga: estoy desnuda.

—Ah, bueno —se desilusionó Dorito.

Dio la vuelta y emprendió el regreso a la casa. Había dado unos pocos pasos cuando volvió la cabeza y vio a Brett en la misma postura y en el mismo sitio. Fue a decir algo, pero comprendió de súbito que el yanqui pretendía quedarse allí y ver a Marilola salir desnuda del mar.

Bueno, allá él.

Por su parte. Brett seguía mirando a Marilola, mosqueado porque ella seguía haciendo sus cabriolas en el agua y no podía verla bien. Frunció el ceño, apretó los labios, y dejó bien claro con su actitud que no pensaba marcharse de allí. Marilola terminó por comprenderlo así, y entonces quedó quieta y estuvo mirándolo atentamente unos segundos, de modo que Brett pudo por fin ver bastante bien su rostro. Un rostro hermoso, de facciones amplias, frente despejada, boca encantadora, ojos grandes; el cabello era negrísimo, bastante largo, y se adhería ahora a su perfecta cabeza y en parte a su rostro.

«Guapa sí es la cretina ésa —pensó Brett—. ¡Ya lo creo! Pero apuesto un huevo a que es jorobada, o algo así. Nadie tiene el cuerpo acorde con la belleza de la cara. O al revés, nadie es tan feo cómo puede indicar un cuerpo contrahecho. Yo me entiendo».

Sí, él se entendía, pero estaba muy equivocado, y eso lo supo cuándo Marilola, lentamente, salió del mar. Si su rostro era hermoso su cuerpo era maravillosamente espléndido. Sí, como una llamarada de bronce. Piernas esbeltas, caderas finas pero rotundas,

pechos magníficos y vibrantes, cuello largo y elegantísimo, increíble...

Ella llegó caminando lentamente, recogió la toalla, y comenzó a secarse, sin hacer aspavientos ni intento alguno de envolverse con la prenda. Simplemente se estaba secando, mientras miraba especulativamente con sus sensacionales ojos negros al rubio yanqui.

—De manera que eres un mirón —dijo, siempre en inglés.

—Sólo cuando vale la pena —corrigió Brett.

—Ah. Bueno, pues gracias —sonrió de pronto Marilola; le tendió la mano con un gesto espontáneo, simpático, gracioso—. Tú tampoco estás mal. Entiendo que vamos a hacer algo interesante entre los dos.

—Entiendes mal —dijo Brett, sin mirar siquiera la mano que se le tendía—. Yo tengo una cosa que hacer, y tú vas a *ayudarme*. ¿Comprendes, negrita?

Ella se quedó con la mano tendida, mirándole fijamente. Frunció el ceño un instante, retiró la mano y continuó secándose, ahora caminando hacia la casa. Brett partió en pos de las preciosísimas nalgas de carne prieta y resplandeciente. Si alguna vez había visto una espalda más digna de ser contemplada que una puesta de sol era la de María Dolores Valcárcel. Recta, lisa, sedosa, cremosa... Los hombros daban ganas de morderlos, igual que las nalgas.

Marilola entró en la casa poniéndose la toalla en la cintura, de modo que quedó como ataviada con un *sarong* polinesio, pechos al descubierto. El bigotudo Dorito los miró, farfulló algo, y le tendió un vaso a la mulata dominicana.

—Bueno —dijo—. Os esperan esta noche. Yo os recogeré con un coche y os llevaré a Port au Prince, a eso de las siete. Me ha parecido conveniente que antes de ir a la cita os conozcáis un poco vosotros dos, y sepáis bien a qué ateneros.

Si vais a trabajar juntos...

—Nada de eso —dijo amablemente Marilola—: él va a trabajar. Yo sólo voy de relleno, de ayudante. ¿No es así, maravilloso hombre blanco?

—Nada de cachondeos, te lo advierto —alzó un dedo Brett—. Todo lo que tienes que hacer es portarte bien y obedecer.

—Sí, bwana —dijo Marilola.

Para sorpresa de Brett, Dorito emitió una risita, pero enseguida carraspeó y desvió la mirada. Brett miró de nuevo a la mulata, una vez más fruncido el ceño.

—Tienes la lengua muy suelta, negrita —dijo.

—Pues todavía no la has visto toda —rió ella—. ¡Mírala!

Le sacó la lengua y bizqueó los ojos. Dorito soltó la carcajada. El ceño de Brett de Brando se frunció todavía más.

La tormenta se estaba gestando. Marilola era más hermosa que un día de tormenta en el ojo del huracán. Brett alargó un brazo y agarró a la mulata por un brazo.

—Vuelve a hacer alguna monería como ésa y te vas a enterar —dijo.

—Y tú quítame la mano de encima o te vas a enterar también —replicó Marilola.

—Deberías estar contenta de que él te toque —dijo Dorito—: cuando Brett de Brando silba las mulatas se quitan las bragas.

—¿Sí? —Marilola echó la cabeza hacia un lado, y sus párpados se entornaron, dejando escapar algo parecido a fuego negro— A ver, guapo americano llegado de tierras lejanas, silba.

Brett silbó, sonriente.

Marilola Valcárcel dio un paso hacia él y, sin más, le soltó en los testículos tal rodillazo que el norteamericano no dijo ni pío. Simplemente soltó el brazo de Marilola, palideció, se encogió y consiguió arreglárselas para caer sentado en un viejo sillón en lugar de rodar por el suelo. Todo ello mientras miraba a la mulata con ojos desorbitados. Dorito se asustó, esto quedó bien claro, pero Marilola se dedicó a beber del vaso que le había entregado el bigotudo, mirando guasonamente a Brett de Brando, que estaba sin aliento. Ya era mucho que no se hubiera desmayado, cosa que le habría ocurrido a cualquiera.

—La madre... que te... parió... —consiguió jadear tras unos segundos de auténtico suspense.

—Si empezamos a mentarnos la familia, malo —dijo ella—. Ve con cuidado o en lugar de golpeártelos te los corto, yanqui. Y métete esto en la cabeza: si voy contigo a ganarme veinticinco mil dólares es porque valgo tanto como tú para esta operación, de modo que nada de machismos. Si lo que digas en un momento dado me convence, te haré caso, y si no te irás al cuerno. Lo de darme

órdenes, olvídale. Y lo de quitarme las bragas cuando silbes, todavía más.

—Pues dime... qué he de hacer... para que te quites las bragas...

—Quitarte los calzoncillos —replicó Marilola.

Dorito volvió a reír, acto seguido se puso a carraspear, y finalmente decidió que sería buena idea servirle un trago a Brett, cosa que hizo. Brett bebió un buen sorbo, y esto le ayudó a recuperar el color. Bebió otro sorbo más, suspiró aliviado, y movió la cabeza.

—Sí, señor —dijo—: ésa ha sido una buena patada de mula.

—La mula lo será tu madre —dijo amablemente Marilola.

—Oye, hemos quedado que nada de mentar a la familia, ¿no?

—Es verdad. Bueno, pues entonces tú eres un cabrón.

—¿Quieres decir el marido de una cabra?

—Más o menos —mostró Marilola sus hermosos dientes blanquísimos en una sonrisa apoteósica.

—Me parece que estáis complicando las cosas —dijo Dorito—. Y si os la vais a jugar no os conviene hacer el tonto el uno con el otro. Sea como sea, os dejo solos, y ya pasará a recogeros.

—Ve tranquilo —dijo Brett—: me portaré bien con ella.

—Huy, qué miedo —puso en blanco los ojos Marilola.

Dorito movió la cabeza, y tras mirar a una y otro salió de la casa, montó en la bicicleta, y se fue. Desde una ventana Marilola lo estuvo mirando unos segundos. Por fin se volvió hacia Brett y señaló la cocina.

—Prepararé algo para comer, y espero que te guste, pues eres mi invitado. Pero escucha bien esto, yanqui: quiero esos veinticinco mil dólares. ¿De acuerdo?

—Lo entiendo, pero no sé qué estás tratando de decir ahora.

—Te lo explicaré... Es totalmente imposible que yo llegue a quitarme las bragas por ti, pero si se te ocurre insistir en ese punto, pues muy bien, allá tú. Si te gusta silbar, hacer el idiota, meterme mano a ver si me conformo, tratarme a estilo machista y todo eso..., de acuerdo, muy bien, puedes intentarlo. Pero si por tu culpa yo dejo de ganar ese dinero te cortaré el cuello. ¿Me he explicado?

—Hablas demasiado —sonrió de Brando—. Y no creas que esto quedará así, negrita. Tú y yo acabamos de empezar a conocernos nada más. Y todo lo que dices me parece bien, pero contesta a una

sola cosa: ¿realmente estás dispuesta a hacer cualquier cosa para ganar ese dinero?

—No hay nada que tú seas capaz de hacer que yo no sea capaz de hacer también —replicó Marilola—. Y si me apuras diré que incluso puedo hacerlo mejor que tú, sea lo que sea.

—Eso ya lo veremos —sonrió Brett de Brando como una hiena.

* * *

El coche se detuvo delante de la casa, ya dentro de los jardines que la rodeaban. Una hermosa casita cerca de Port au Prince, cuyas luces se veían en la distancia. Lo primero que percibieron los tres ocupantes del coche en cuanto se apearon fue el aroma de los pinos, y Brett de Brando aspiró hondo y exclamó:

—¡Coño! ¡Qué bien se está aquí!

—¿A que ahora se nos pone a escribir versos? —dijo Marilola.

Dorito rió. Brett le dirigió una mirada asesina, y luego otra todavía más asesina a María Dolores Valcárcel, que estaba sencillamente guapísima. De muerte, vamos. Se había puesto un vestido amarillo pálido que le sentaba de maravilla a su piel de bronce y que se ceñía a sus formas espléndidas como una caricia. Recogido el cabello en la nuca, mostraba toda la gracia de su cuello y sus hombros. Para matarse por ella.

—Que te la estás buscando, Marilola —advirtió el yanqui.

—Huy, qué miedo —se puso a temblar Marilola, abriendo mucho los ojos—. ¡Patroncito, no me castigue, por Dió, bwana, no sea cruel con esta pobre negrita!

Dorito volvió a reír, y Brett se encaró con él.

—¿Qué te apuestas a que te arranco el bigote de un guantazo, so cabrito? —masculló—. ¡Estoy hasta las narices de tus risitas de puta sifilítica!

Esto era verdad. Dorito había venido riendo todo el camino, debido a las puyas que frecuentemente le dirigía Marilola a Brett de Brando. Al parecer, la estancia del yanqui en la casita de la mulata dominicana había sido apacible tras la primera escaramuza y, aunque ninguno de los dos había dicho nada al respecto, Dorito tenía la impresión de que habían intercambiado informaciones y consignas con el fin de llevar adelante su trabajo con las máximas

garantías de terminarlo a satisfacción de quien tenía que pagarles veinticinco mil dólares.

La puerta de la casa se abrió, con lo que Dorito se ahorró hacer filigranas para salir de aquella situación sin molestar a Brett y sin que éste le partiese la cara, cosa que se mostraba muy dispuesto a hacer. Y desde la puerta llegó la voz con acento francés:

—Vengan, por favor. El señor Manning les está esperando.

Se disponían los tres a encaminarse hacia la casa, pero Brett agarró a Dorito por la ropa y lo atrajo como si fuese un muñequito, casi despegándolo del suelo.

—Otra risa más y te la cargas. ¿Estamos?

—Dile que sí. Dorito —aconsejó Marilola—, no sea que le coja una rabieta.

Brett soltó una maldición capaz de estremecer a un monolito, pero Marilola caminaba ya hacia la puerta, y pareció no oírle. El yanqui soltó al bigotudo caribeño, y se fue en pos de la dominicana, a la que agarró de un brazo y obligó a dar la vuelta bruscamente...

—Ah, bienvenidos —apareció Gregory Manning en el umbral—. Pasen, pasen, cuanto antes terminemos la conversación será mejor. Han de salir esta misma noche.

—Buenas noches, señor Manning —llegó diciendo Dorito—. Como ve, somos puntuales, y llegamos dispuestos a todo.

—Así lo espero —Manning tendió la mano a Marilola, a la que Brett había soltado de mala gana—. ¿Qué tal? Hola, de Brando. Pasemos a la sala, y tomaremos algo. Jacques, ve a avisar a la señorita de que han llegado los invitados, y ven a servirnos bebidas.

—Sí, señor Manning.

El criado se dirigió escaleras arriba, mientras Manning precedía a los recién llegados al salón. Al entrar en éste Brett miró alrededor y soltó un gruñido. Manning se echó a reír.

—Es bastante diferente a su alojamiento, ¿verdad? Pero eso tiene fácil arreglo, hombre. Un sujeto como usted podría vivir espléndidamente si se lo propusiera... y trabajara en serio. Es decir, si se dedicara en serio a hacer golfadas y canalladas, que es lo que le gusta a usted, ¿no?

—Tal vez pronto tenga una casa como ésta —asintió de Brando.

—Tú no tendrás nunca ni siquiera una choza —dijo Marilola.

Dorito se apresuró a intervenir.

—Siempre están bromeando el uno con el otro, señor Manning —dijo alegremente—. Como saben que han de estar muy unidos para hacer el trabajo han simpatizado enseguida.

—Me alegra oír eso —aprobó Manning—. La verdad es que no lo van a tener nada fácil. En cualquier caso, tengo el presentimiento de que he sabido elegir bien al personal. Marilola es preciosa, pero no dudo que sabrá estar a la altura de las circunstancias.

—Usted sí que es un caballero, señor Manning —dijo la mulata—. Si todos los hombres fuesen como usted a mí no me molestaría tanto ser hembra.

—¿Le molesta ser mujer? —rió Manning.

—Casi siempre, porque suelo estar rodeada de cretinos machistas que sólo saben pavonearse de su sexo, como si tener pito o tener flauta fuese un mérito personal.

Gregory Manning estalló en carcajadas, y todavía estaba riendo cuando entró en el salón la pelirroja y bellísima Margaret Cavendish, que le miró sonriente..., mientras Marilola le dirigía una mirada especulativa y un tanto mosqueada. El vestido de Margaret era precioso, ella era guapísima, llevaba joyas, y perfume francés...

—Caramba, una mujer —exclamó Brett de Brando—. ¡Hacía tiempo que no veía ninguna!

—¿Qué quieres decir? —Se le encaró Marilola como una fiera.

—Pero... ¿qué pasa? —se interesó Margaret—. ¿De qué ríes tanto, Gregory?

—Quiero decir —explicó Brett a Marilola, adelantando agresivamente la barbilla— que cuando veo una mujer que es una mujer me gusta decírselo y me encanta verla. Y cuando hablo de mujeres hablo de mujeres, no de marimachos con los sobacos sudados.

Dorito corrió el gran riesgo de meterse entre ambos, tomar a Marilola de un brazo, y apartarla, aprovechando que Margaret tendía la mano a Brett con un gesto simpático y deliciosamente femenino.

—Me da la impresión de que usted y la señorita Valcárcel no congenian demasiado, señor de Brando. Espero que sus relaciones mejoren después de jugarse la vida juntos. Ah. Jacques, por favor, ¿quieres servirnos champaña?

—Enseguida, señorita —sonrió el criado.

Brett le dirigió una mirada de reojo. Era un sujeto alto, delgado hasta el punto de que parecían haberlo estirado por la cabeza y los pies. Su rostro era chupado, sus ojos pequeños y muy negros, y llevaba el cabello liso y planchado sobre la cabeza como si fuese de alquitrán prensado. Un horror con chaquetilla blanca y modales de aristócrata tronado...

—Me parece a mí —estaba diciendo Manning— que antes del placer conviene atender el trabajo. Quiero estar seguro de que los dos me entienden bien las explicaciones. Vamos a ver el mapa.

Señaló una de las paredes, fueron allá, y colgó de un estante un mapa que había tenido enrollado. EL mapa mostraba la zona del Caribe. Manning se proveyó de un puntero, todo él muy en su papel de director de escena, y señaló La Española.

—Nosotros estamos aquí —dijo tontamente—. Aquí tenemos Jamaica y aquí Cuba. Éste es el triángulo en el que vamos a operar. Cada uno de nosotros tiene un cometido, pero como es natural a ustedes solamente les voy a explicar el suyo. Aparentemente es muy simple, pero les aseguro que no lo van a tener nada fácil... Básicamente, salvo imprevistos, su trabajo consistirá en viajar. Irán de aquí a Jamaica, recogerán un paquete en Kingston, y lo llevarán a Cuba. Mejor dicho, hacia Cuba. Quiero decir que seguramente antes de que lleguen allá les saldrán al paso para hacerse cargo del paquete...

—¿Qué contiene ese paquete? —preguntó Brett.

—No es de su incumbencia —sonrió Manning.

—Ah. Bueno, por mí de acuerdo.

—Y por mí también —aseguró Marilola—. ¿Entiendo que haremos el viaje por mar?

—En efecto —la miró Manning—. Saldrán esta misma noche de aquí en una lancha cuyo nombre es *Desirée*, y cuya velocidad es de unos veinte nudos, es decir, que pueden realizar el viaje en unas quince horas o poco más. Por supuesto, encontrarán combustible suplementario en la lancha, a la cual les llevará Dorito cuando salgan de aquí.

—De aquí a Kingston —dijo Marilola—. ¿Adónde de Kingston tenemos que ir exactamente?

—Les estarán esperando en el muelle. Ustedes no se preocupen por nada. Simplemente, lleguen a Kingston, y alguien acudirá a su

encuentro y les diré cómo y dónde tienen que recoger el paquete que deberán llevar hacia Cuba.

—¿Tenemos que seguir alguna ruta determinada? —inquirió Brett.

—No les va a resultar nada complicado: deberán seguir siempre la ruta más recta entre los distintos puntos del viaje. ¿Van armados?

—Claro —dijo Marilola, tomando una copa de champaña de la bandeja que le ofrecía el criado—. Yo tengo respuestas para cualquier ataque.

—¿Y eso qué quiere decir? —Se le encaró Brett.

—Que no me asusta nada ni nadie —le miró ella, alzando la copa de modo que casi se llevó con ella la nariz de Brett.

—Formidable —dijo Manning—. Y muy conveniente, porque la verdad es que temo que les ataquen. No durante el viaje de aquí a Kingston, pero sí cuando salgan desde allá hacia Cuba. Hay una cosa que debe quedar bien clara desde ahora mismo: si en algún momento temen que no van a poder escapar, el paquete que les entregarán en Kingston debe ser arrojado al mar. Bajo ningún concepto deben permitir que pase a poder de otras personas. Señorita Valcárcel, de Brando, quiero que esto quede muy muy muy claro. ¿Si?

Brett y Marilola asintieron. Gregory Manning alzó su copa de champaña, y sonrió, mientras Margaret miraba también sonriente a Brett, que le dirigió una feroz mirada al escote.

—Brindemos por el éxito. Y ahora que está todo explicado y en marcha sí podemos beber unas copas...

CAPÍTULO III

—Eres un maldito y asqueroso borracho —repudió Marilola.

Brett de Brando la miró sonriente, turbia la expresión, se llevó una mano a la boca, y ayudado con ella emitió un sonido de lo más grosero y vulgar, imitación de sonidos procedentes de un orificio bien diferente al bucal.

—¡Pues sí que empezáis bien! —se lamentó Dorito—. ¡Y pensar que yo recomendé a Brett!

—A tomar por saco —dijo Brett—. ¡Dejadme dormir, memos!

Marilola, que le había ayudado a entrar en la diminuta cabina de la lancha *Desirée*, lo empujó, y Brett cayó tumbado como muerto. Todavía consiguió abrir un ojo, sonreír, y decir:

—Pues me la tiré... Je, je... Me la tiré. A la pelirroja, claro... ¡Vaya hembra! Vosotros venga charlar en el salón, y ella me agarró por el brazo y me dijo..., me dijo...

Un ronquido sonorísimo terminó la frase. Marilola estuvo unos segundos contemplando a Brett de Brando, y luego miró a Dorito.

—¿Eso es cierto? —murmuró.

—Me parece que sí —asintió el bigotudo—. Ella salió con él al jardín, y mientras Manning intentaba enredarla a usted, creo que Brett hizo el amor con Margaret. Claro que entonces él no estaba borracho.

—Está bien —encogió un hombro Marilola—. Vamos al coche a buscar nuestras cosas.

En cuanto salieron de la cabina camarote. Brett de Brando abrió un ojo, sonrió irónicamente, y se acomodó en la litera. Sabía que le costaría bien poco dormirse de verdad. Y en cuanto a la borrachera todavía le duraría menos que el sueño, por la sencilla razón de que ni estaba ni había estado borracho en ningún momento.

Oyó a Dorito y Marilola en cubierta, luego hubo unos minutos de silencio, y volvió a oírlos: Entraron de nuevo los dos, cargados con las cosas de Marilola y de él. Poca cosa. Una maleta cada uno, y además el maletín de viaje de Marilola, que era de lo más gracioso y chocante... Los veía por entre los párpados entornados, ambos muy serios. Volvieron a salir. Afuera había un rumor de ciudad, de gente, de puerto, que parecía envolver la pequeña lancha con la que debían recorrer nada menos que quinientos kilómetros por el Caribe... Bueno, en el mar las distancias no se miden por kilómetros, sino por millas. Unas trescientas millas escasas, le parecía. Bueno, pero sería Marilola quien se pasaría la noche pilotando la lancha, porque como él estaba «borracho»...

De nuevo entró Marilola. O sea, que Dorito se había despedido ya, y se dirigía a ocuparse de su parte en aquel asunto, fuese cual fuese. Tenía la impresión de que Dorito y Marilola se conocían bien de antes, y que se entendían a la perfección. Es más, había visto no menos de un par de veces el modo admirativo con que Dorito miraba a la mulata, y eso lo tenía irritado, pues la admiración llegaba más allá de la puramente física...

Marilola lo estaba mirando. De pronto, comenzó a desnudarse. Brett tuvo que hacer un esfuerzo para permanecer impassible. La veía por entre los párpados como en una extraña película en colores pero oscurecida. La mulata quedó completamente desnuda ante él, a excepción de unas diminutas bragas negras. Estaba de muerte y remuerte, a su lado la pelirroja era un saldo... ¡Y cómo se le movían los pechos a cada gesto! Eso sí, era vieja, pues ya tenía los veinticinco... ¿O no?

«Podría violarla —se dijo Brett—. Todo lo que tengo que hacer es saltar sobre ella, tumbarla en la litera, y penetrarla. Y si se resiste, darle unos cuantos golpes, que se los ha ganado de sobras. Pero esta salvaje igual saca un cuchillo cualquiera sabe de dónde y me abre en canal...».

Marilola se estaba poniendo ahora unos pantalones negros, y acto seguido se puso un jersey también negro. Se calzó unas zapatillas, tomó un grueso chaquetón, y abandonó el diminuto camarín.

Dos minutos más tarde la lancha se estremecía al ser puesto en marcha el motor. Brett de Brando decidió dormir de verdad, y

releva a la mulata a mitad del viaje. Él también quería aquellos veinticinco mil dólares.

No tardó ni dos minutos en quedar dormido.

* * *

—Brett... ¡Brett, despierta!

Abrió los ojos de golpe, pero sin excesivo sobresalto. Marilola estaba inclinada sobre él, sacudiéndole por un hombro.

—¿Qué pasa? —Gruñó con voz chirriante.

—Nos está alcanzando una lancha grande y en la que hay varios hombres. Estoy segura de que van a atacarnos.

Brett de Brando flexionó la cintura, giró, y puso los pies en el suelo. Se irguió, fue a su maleta, y sacó de ella la pistola, mientras Marilola regresaba a toda prisa a cubierta, para hacerse cargo de los mandos, que había trabado. Cuando Brett salió pistola en mano ella señaló en dirección a la gran lancha que parecía rodearles, como si estuvieran jugando. Era una cálida y hermosísima noche de luna, la visibilidad era perfecta y como irreal. Alrededor de ellos el mar crujía suavemente. El mar y la otra lancha era todo cuanto había a su alrededor.

—¿Nos han alcanzado hace mucho? —farfulló Brett.

—No nos han alcanzado: han acudido a nuestro encuentro.

—¿Quieres decir que no nos han seguido desde Port au-Prince?

—Exactamente.

—¿Pues de dónde vienen?

—No lo sé, pero no vienen del mismo sitio que nosotros.

—¿Y de dónde sacas que van a atacarnos?

—Están dando vueltas para ver bien el nombre de esta lancha. En cuanto estén seguros de que es la *Desirée* nos atacarán.

—¿No te estarás pasando de lista?

—No.

—Pues no le veo la gracia al asunto. Ni siquiera tenemos el paquete, así que... Vamos, que se nos quieren cargar a ti y a mí, y eso es todo.

—Sí.

—Me parece una tontería. Nosotros no somos nada ni nadie.

—Tú no serás nada ni nadie. Yo soy algo y alguien, amiguito...

La otra lancha navegaba ahora directa hacia ellos por babor y proa. Talmente parecía que fuese a embestirlos, pero ni Brett ni Marilola creyeron esto, pues el choque significaría un riesgo también para la otra embarcación. De modo que ambos comprendieron perfectamente la jugada, y se dejaron caer sobre la cubierta... Un instante después la otra lancha pasaba rozando la de ellos, y las ráfagas de tres metralletas elevaron su canción por encima del rugir de los motores. Marilola y Brett oyeron el siniestro crujido de las balas por encima de su cabeza y contra el casco de la lancha...

La otra lancha pasó velozmente hacia popa, efectuando un cruce que formó una equis de espuma en las negras aguas. Brett asomó la nariz por encima de la borda, y dijo:

—Iré a buscar un rifle que tengo en la maleta y que...

—Déjalo. Yo me encargo de ellos. Tú ocúpate de los mandos.

—Oye, que quien da las órdenes aquí soy yo.

—Tú rió me darás órdenes a mí hasta que hayas conseguido que me quite las bragas.

—Eso puedo conseguirlo ahora mismo.

—No me digas.

—Puedo hacer que te las quites... o quitártelas yo.

—Inténtalo.

—Pues ya que te pones así voy a hacerlo. Y cuando te quedes con el culo al aire... ¡Hey! ¡Que vuelven!

El rumor de la otra lancha parecía echárseles encima. Brett se colocó de rodillas de un salto, vio en efecto acercarse la otra lancha, ahora por estribor, y se desplazó rápidamente hacia el volante, destrabándolo y desviando en el acto la marcha de su embarcación, efectuando tal esquivia que los de la otra lancha ni se molestaron esta vez en disparar.

—Parece que no quieren hundirnos la lancha —gritó Brett—, pero si seguimos esquivándolos se cansarán del juego y nos enviarán al fondo... ¡Eh! ¿Dónde te has metido?

Se había dado cuenta de pronto de que Marilola no estaba donde él creía. Es más, no estaba en cubierta. Pero apareció enseguida, portando su exótico maletín. Se sentó, colocó el maletín entre sus piernas, y lo abrió.

—¡No me digas que vas a emperifollarte ahora! —graznó Brett.

—Cállate ya, cotorra.

La mulata sacó tres tubos del maletín, los ensambló, y unió a uno de los extremos otra pieza que Brett no pudo ver bien. Luego metió algo por el extremo que había dejado libre, y se arrodilló. La otra lancha estaba terminando de describir una amplia vuelta, y volvía hacia ellos... Pero ya sin contemplaciones, pues sin molestarse en acercarse les enviaron una granada que estalló a menos de veinte metros por delante de la *Desirée*, que al instante siguiente cruzaba por entre la tromba de agua pulverizada, que empapó a Brett y Marilola.

Brett comenzó a maldecir. Marilola giró sobre sus rodillas siguiendo la marcha de la otra lancha... Un zumbido hendía agudamente el aire, y al segundo siguiente otra granada explotaba tan cerca de ellos que la pequeña lancha pareció emprender el vuelo. Cayó casi quince metros más adelante, resonando el estruendo del agua en su fondo y quilla. Ahora todo rugía, todo era atronador alrededor de Marilola y Brett.

—¡Acércate a ellos! —gritó Marilola.

—¡Pero qué dices...! —aulló Brett—. ¿Estás loca? ¡Toma estos malditos mandos mientras yo voy a por el rifle!

—¡Esto es mejor! —Mostró ella los tubos que había ensamblado—. ¡Acércate a ellos!

Brett de Brando lanzó otro feo reniego, pero al mismo tiempo asintió, y tras localizar a la otra lancha viró para dirigirse directo hacia ella..., lo cual debió causar el lógico desconcierto en los ocupantes de la embarcación enemiga. Desconcierto y mala puntería sobre lo previsto, pues esta vez la granada fue a caer a más de cincuenta metros lejos de Brett y Marilola...

Arrodillada en cubierta de la pequeña lancha, la mulata apuntó con el tubo-fusil un instante, y disparó.

No se oyó nada, de momento.

Pero al instante siguiente la otra lancha reventó con estruendo amortiguado, y quedó envuelta en fuego. Una llamarada enorme y súbita, sorprendente, que pareció devorarla. Dos segundos más tarde, y sin que la lancha grande hubiese dejado de navegar velozmente, el depósito de combustible estalló, ahora sí, con estruendo fortísimo, y la lancha saltó en pedazos.

Agarrado a los mandos. Brett de Brando vio, al rojo resplandor,

las figuras de varios hombres saltando por el aire envueltos en fuego y humo. Por unos segundos pareció que el sol hubiese descendido a aquel punto del Caribe. Luego, la luz decreció, el estruendo terminó... y restos de lancha y de cadáveres fueron cayendo al mar alrededor de donde se había alzado el gran géiser de agua.

—Caray —dijo Brett—. ¡Caray! ¡Oye, eso ha estado muy bien, tú!

—Me toca dormir a mí ahora —dijo ella—. No te molestes en llamarme: yo me despertaré al amanecer.

Dejando boquiabierto a Brett desapareció en el interior del camarín. El yanqui estuvo unos segundos todavía arrodillado, sujetando el volante de la lancha, que estaba describiendo círculos. De pronto reaccionó, se puso en pie, y tras echar un vistazo a la brújula del panel de instrumentos tomó el rumbo correcto hacia Jamaica.

—Caray —sonrió—. ¡Caray con la mulata de los...!

* * *

Hacía pocos minutos que había amanecido cuando Marilola apareció en cubierta, tan fresca y pimpante como si hubiera dormido en un lecho de plumas de ganso manso. Estaba tan guapísima con su atuendo negro, el jersey marcando tan audazmente sus formas, que Brett de Brando no pudo contenerse:

—¡Si empezamos así, las cosas irán mal! —aulló.

Ella, que había comenzado a desperezarse, le miró atónita.

—¿Qué te pasa ahora? —se interesó—. ¿Te ha picado algún escorpión marino y te ha vuelto loco?

—¡Te advierto que si sigues provocándome te la vas a cargar!

—¿A qué viene esto? —Marilola puso las manos en la cintura—. ¡Ni siquiera te he mirado!

—¡Pues al menos podías haberme dado los buenos días!

—Te daré tos buenos días cuando me dé la gana. Y te advierto una cosa: déjame en paz o verdaderamente las cosas van a ir muy mal. Hazte la cuenta de que viajas solo, ¿de acuerdo?

—¡Cómo demonios voy a hacerme esa cuenta si tenemos por delante diez horas de navegación juntos! Precisamente yo había

pensado que podríamos poner el piloto automático y dedicarnos a echar un buen polvo a pleno sol... ¿Qué te parece la idea?

—Repugnante a más no poder.

—Pues un polvo a pleno sol es algo tremendamente estimulante y maravilloso.

—Lo sé muy bien. A mí me encantan..., pero antes que echar uno contigo me tiro de cabeza al mar aunque me esté esperando un tiburón con la boca abierta.

—¡De modo que no eres virgen...! —increpó Brett de Brando.

—Más o menos igual de virgen que tú, machito.

—¡Pues conmigo no cuentas para nada! ¡Yo sólo quiero vírgenes!

—Amiguito —movió la cabeza Marilola—, si la tontería pesase ya nos habríamos ido al fondo con lancha y todo. Escucha, tenemos, en efecto, diez o doce horas de viaje, y quiero hacerlo tranquila. De modo que métete esto en la cabeza: nos iremos turnando a los mandos, comeremos, tomaremos el sol, dormiremos, y todo eso, a fin de llegar descansados a Kingston para seguir con el trabajo. Cualquier otra cosa que intentes conmigo te va a ocasionar un serio disgusto. Ya no te advertiré más.

—Mujeres como tú las tengo a patadas.

—Pues hazte futbolista.

* * *

A mediodía volvía a tocarle turno a Brett después de haber desayunado algo tarde pero abundantemente. Marilola estaba desnuda (excepto las negras braguitas) tendida en la cubierta, tomando el sol apaciblemente. Por supuesto Brett le dirigía frecuentes miradas, y había llegado, cuando menos, a una conclusión: si Marilola hubiera sido un hombre habría resultado un compañero de trabajo perfecto: hablaba poco, era inteligente, sabía cocinar, tenía recursos para todo y más valor que un tiburón. Sí señor..., ¡lástima que fuese hembra!

Poco después de la una avistaron Jamaica. Brett advirtió a Marilola, que procedió a vestirse, dando a entender bien claramente que el relax había terminado. Era un día magnífico, y el calor quedaba aliviado por la veloz andadura de la lancha y el mar, pero ambos sabían que cuando llegasen a tierra firme se iban a asar. O a

cocer, que quizá era peor.

—Tal vez los de anoche venían de aquí —deslizó Brett—, así que me pregunto qué hacemos. Si vamos al muelle es posible que nos estén esperando allí. Si no vamos no nos recibirá nadie, y no sabremos qué hacer.

—Pues no hay más remedio que ir al muelle, ¿verdad?

—Eso parece. Éste es un asunto tontísimo.

—Yo nunca intervengo en asuntos tontos —replicó Marilola.

—¿Qué quieres decir?

—Que ya verás cómo se trata de algo gordo.

—Oye, que sólo se trata de llevar un paquete, nena.

—¿Y de verdad no te has preguntado qué contiene ese paquete?
¿No te interesa?

—Psé.

—¿Tampoco te interesa, sorprende o inquieta saber que Manning y su pelirroja son rusos?

Brett de Brando se quedó mirando fijamente a la mulata dominicana. Por fin, efectuó un lento parpadeo, y murmuró:

—De modo que realmente eres una chica lista... Bueno, ¿y qué que sean rusos? ¿Qué tienen de malo los rusos?

—Los rusos, nada. Pero dos rusos que dicen ser norteamericanos y que para enviar un paquete a Cuba nos utilizan a nosotros, ya no me parecen gente precisamente corriente.

—Nos advirtieron bien claramente que se trataba de hacer algo deshonesto, ¿no es cierto? —Gruñó Brett—. No podemos llamarnos a engaño. ¿Qué te propones? ¿Amargarme la vida?

—Sólo quería saber si realmente lo único que te importa de todo esto es sacar tus veinticinco mil dólares, sea cual sea el asunto y termine como termine el asunto. —Hombre, no, así tan simple tampoco, cariño... Hay una cosa que sí me tiene muy interesado en todo esto, pero que he decidido dejar para el final.

—¿Y qué es ello?

—Meterte un polvo.

—Eres un cretino.

—Déjame en paz, que estoy pensando.

—¡Tú qué vas a pensar...!

—Estoy pensando si tirarte al mar o llevarte conmigo a Jamaica. Pero la respuesta es sólo una: si quiero hacer el amor contigo no

puedo tirarte al mar. Y además —la miró sonriente—, te necesito para otra cosa.

—¿Qué cosa? —desconfió Marilola.

—Algo relacionado con el lecho... ¡Calma, calma! ¡Estoy seguro que la proposición que voy a hacerte va a merecer tu aprobación!

—Si se trata de algo relacionado con la cama, lo dudo.

—¿Nos apostamos un beso? —desafió ladinamente Brett de Brando—. ¿A qué te digo de qué se trata y te encanta la idea?

CAPÍTULO IV

El sujeto se fijó en la lancha *Desirée* gracias a Marilola.

Estaba en el muelle esperando, igual que hacían dos compañeros suyos, por separado, cuando vio aparecer la lancha, y, a los mandos, a la espléndida mulata. La miró como sin verla, pero la belleza de ella se impuso en un segundo, y el sujeto la miró y la remiró, pensando cosas y más cosas respecto a lo que él haría con semejante bocado si le dejasen llevárselo a la boca...

Y entonces reparó en que la hermosísima mulata llevaba una venda rodeando su frente, otra venda en el brazo izquierdo, y que no parecía estar precisamente alegre. Acto seguido, tal vez porque finalmente su mente actuó con lógica y prescindiendo de festines sexuales, miró el nombre de la lancha en el que llegaba Marilola.

De modo que vio el nombre *Desirée* en la lancha. Entonces miró con sobresalto a Marilola, volvió a mirar el nombre de la lancha, de nuevo a la mulata..., y por fin se apresuró a buscar con la mirada a sus dos amigos, a los que llamó por señas. Los dos amigos se reunieron rápidamente con él, y uno de ellos inquirió:

—¿Los has visto? ¡Ya era hora de que...!

—Ha llegado la lancha *Desirée* —le interrumpió el que había visto a Marilola.

Los otros dos se quedaron mirándole fijamente, con la expresión de quien no ha entendido. Por fin, uno de ellos masculló:

—¿Quieres decir que el yanqui está aquí? ¡Maldita sea, los nuestros no debieron verlos en la ruta que...!

—Para, para —le interrumpió de nuevo el otro—. Yo creo que sí los vieron. Y no he dicho que haya llegado el yanqui, sino la lancha *Desirée*. Aunque sólo llega en ella la mulata. Y parece que tiene un par de heridas.

Ahora cambiaron miradas los tres. Uno de ellos, el más alto, era negro. Un negro colosal, hermoso, de grandes ojos saltones, un atleta impresionante. Los otros dos eran blancos, uno flaco y chupado de cara y el otro de aspecto vulgar y corriente, salvo por su mirada que no presagiaba precisamente venturas para la humanidad. Éste se llamaba Aaron Krane, llevaba la voz cantante sobre sus compañeros Jason y Luke (respectivamente el negro y el de cara chupada), y era el que había visto a Marilola.

Y fue Krane quien resumió los pensamientos de los tres, quien expresó los temores que habían circulado por sus mentes:

—De modo que tenemos que pensar que se encontraron, y que los nuestros llevaron la peor parte, ya que no han regresado. Todo lo que consiguieron fue herir a la mulata.

—¿Y el tal de Brando?

—Tal vez a ése lo mataron. Lo cierto es que sólo he visto a la mulata.

—Quizá los nuestros lleguen más tarde.

—No —rechazó Krane—. Si los de la *Desirée* han llegado quiere decir que se desembarazaron de los nuestros. No regresarán. Maldita sea, se los cargaron. Pero seguramente ellos se cargaron antes al yanqui, de modo que la mulata ha llegado como única superviviente.

—Nos dijeron que está muy buena —sonrió Jason—. ¿Por qué no vamos a comprobarlo? Y de paso podríamos preguntarle qué ha pasado.

—Iremos tú y yo —asintió Krane—. Luke, tú vigila por aquí, por si ocurriese algo que pudiera interesarnos.

—¿Qué cosa, por ejemplo? —inquirió Luke.

—¡Y yo qué sé...! Tú vigila bien atento, y si sucede algo que nos interese ya te darás cuenta de ello. Vamos. Jason.

El atleta negro y el vulgar jamaicano caminaron a lo largo del muelle, hasta que al poco divisaron la lancha *Desirée*. En la cubierta estaba Marilola, que ya había amarrado la lancha y al parecer se disponía a desembarcar, pues manejaba con cierta torpeza una maleta y un maletín. Krane y Jason cambiaron una mirada.

—Ha llegado sola —murmuró Krane—, y se dispone a alejarse de la lancha. Es muy lista. Vamos, deprisa.

Caminaron rápidamente hacia la lancha. Marilola estaba ya a

punto de saltar a tierra cuando Jason llegó, la agarró por la cintura, y la pasó de un revuelo al interior de la lancha, sin que la mulata pareciera tener opción alguna a la protesta. Tras ellos dos entró velozmente Krane. El camarín era tan pequeño que apenas cabían los tres allá dentro, especialmente debido a la presencia del enorme Jason, que seguía sujetando a Marilola.

Ésta había ya conseguido aliento, y se disponía a protestar, cuando Krane le puso la punta de su revólver ante la nariz.

—Calladita, morena —dijo en español—. ¿Dónde está el yanqui? Y nada de tonterías: te estoy hablando de Brett de Brando.

—Está muerto —murmuró Marilola—. Lo tiré al mar.

—¿Lo mataste tú?

—Claro que no. Nos atacaron esta madrugada en el mar, y lo mataron con una metralleta. Lo hicieron pedazos.

—¿Y qué más pasó?

—Yo disparé con un rifle, y acerté el depósito de la lancha de aquellos hombres, y explotó. Se fueron todos al fondo.

—Putade mierda —jadeó Krane—. ¡Ya te vamos a dar nosotros lo tuyo bien pronto! Jason, ve a buscar a Luke. Nos haremos a la mar ahora mismo con esta puerca, y la vamos a hacer trizas... antes de tirarla a los tiburones.

—¿Quieres decir que la gozaremos mucho, Krane? —sonrió Jason.

—Se lo vamos a hacer todo... ¡Todo! Ve a buscar a Luke.

—Vuelvo enseguida. ¡Hey! ¡No te vayas tú solo con la mulata! Yo quiero hacerle el amor muchas muchas muchas veces...

—¡Ve a buscar a Luke, imbécil!

El negro rió, y salió a toda prisa de la cabina. La lancha osciló fuertemente cuando el colosal Jason saltó desde la cubierta al muelle. Dentro del camarín. Krane seguía apuntando a Marilola con su revólver.

—¿Dónde tienes ese rifle con el que disparaste? —Gruñó Krane.

—Escondido bajo la litera —señaló Marilola.

—Está bien. Ponte ahí, en la punta, con las manos sobre la cabeza; y si te veo moverte un centímetro cuenta que te lleno las tetas de balas, ¿está claro?

Marilola no contestó. Se colocó en el extremo angosto de la proa de la lancha, con las manos sobre la cabeza. Krane se arrodilló junto

a la litera, bajó el torso, y se disponía a introducir la mano en busca del rifle cuando apareció el cuchillo.

Fue lo primero que vio, de un modo confuso y como lejano. Captó el brillo del acero, se desentendió en el acto de Marilola para mirar qué era aquello, y justo entonces el cuchillo manejado por Brett de Brando desde debajo de la litera le cortó el cuello. Fue un tajo brutal y certero, algo parecido a cuando se juega a cortar una vela de un sablazo sin hacer saltar la parte superior de la vela, que al ser cortada tan hábil y velozmente permanece en su sitio.

Talmente pareció que el cuchillo ni siquiera había tocado la garganta de Krane, pero, al instante siguiente, mientras los ojos del desdichado se desorbitaban, apareció en su garganta una rayita roja, de oreja a oreja. De pronto, la rayita se abrió, y brotó un borbotón de sangre fuertemente impulsado. Krane emitió un ronco suspiro, giró los ojos hacia dentro, y cayó de bruces sobre la litera, quedando arrodillado, como descabezando un sueñecito.

Brett salió de debajo de la litera, donde había permanecido encogido y en postura incómoda, pero adecuada para intervenir en el momento oportuno, ya fuese como lo había hecho o utilizando la pistola.

—Caray —refunfuñó—, ¡me duelen los huesos de estar metido ahí!

—Pues sólo has estado cinco minutos —dijo Marilola.

—¿De veras? Bueno, me han parecido cinco siglos.

—¡Pues no eres tú exagerado ni nada...!

—Cierra la bocota —sonrió Brett—: esos tipos van a llegar ahora mismo.

Marilola cerró la boca, por la sencilla razón de que Brett de Brando, en esta ocasión, tenía razón.

Y en efecto, apenas dos minutos más tarde oyeron los golpetazos de los dos hombres al saltar a la cubierta desde el muelle. Marilola estaba a un lado del camarín, y Brett, tras quitarle a Krane el revólver, esgrimía su propia pistola, que ocultó con la almohada de la litera.

El primero en aparecer fue el atlético Jason. Entró sonriente, empezando a decir algo mientras se llevaba una mano a los genitales. Pero no pudo terminar su grosería sexual. Vio a Brett, abrió muchos los ojos..., y Brett se adelantó, colocó la almohada

contra el pecho del negro, apretó la punta de su pistola contra la almohada, y disparó tres veces. Jason se estremeció tres veces, mientras parecía que los ojos iban saliendo más y más de las órbitas. Murió en el acto, perforado tres veces el corazón, y quedó de pie grotescamente, los ojos saltones, la sonrisa de avaricia sexual en sus labios.

Luke, que llegaba detrás, por supuesto que oyó los disparos, aunque fuese ahogadamente, y su reacción fue meter la mano en su axila izquierda al tiempo que parecía tener intención de dar la vuelta y escapar a toda prisa.

La pequeña pistola de Marilola apareció y se apoyó en su frente.

—Amiguito —siseó la mulata—, si no entras a hacernos compañía te envío al infierno.

En aquel momento Jason se derrumbaba dentro del camarín, de bruces, ocasionando un fuerte estruendo. Quedó tendido boca abajo sobre el cadáver de Krane, que había quedado boca arriba. Cuando Luke entró y vio el cuadro quedó lívido como si él también estuviese muerto, y miró a Brett con un sobresalto que resultó inevitablemente cómico.

—Tranquilo —sonrió Brett—. A ti no te vamos a matar, hombre. Vamos, a menos que prefieras que te matemos en lugar de charlar un rato... ¿Qué te parece? ¿Te mato o charlamos?

La despavorida mirada de Luke fue de nuevo hacia los cadáveres de sus amigos, luego hacia Marilola, de nuevo a Brett... Dijo algo, pero no se le entendió en absoluto.

—Ha dicho que prefiere charlar —dijo Brett.

—No, señor —rechazó Marilola—: ha dicho que eres un mal nacido.

—¿Ah, sí? —Miró torvamente Brett a Luke—. Sí, ¿eh? ¡Yo te enseñaré a insultarme, cara de pedo!

Asestó al desdichado tal rodillazo en los testículos que su palidez llegó al límite. Y acto seguido, sin un gemido, sin un aspaviento, se derrumbó, como muerto.

—¡Qué bestia eres! —apostrofó Marilola.

—Salgamos de aquí —gruñó Brett.

Ella asintió, guardó su pistola entre los senos, y salió del camarín. Segundos después ponía el motor en marcha, y enfilaba hacia la salida a mar abierto, dejando a un lado los Palisadoes,

franja de tierra que era una magnífica protección natural del puerto a los embates del mar. Por encima de ella rugía un moderno *jet* despegando del cercano aeropuerto.

Brett se dedicó a recoger todas las armas y documentaciones, que examinó brevemente, pues sabía que se las estaba viendo con tres simples desgraciados, tres asalariados. Por supuesto que Krane estaba tan muerto como Jason, pero Luke comenzó a gemir, mientras parpadeaba débilmente...

—Brett —llamó Marilola.

El yanqui volvió la cabeza, frunció el ceño, y se acercó a la puerta, pero sin asomar la cabeza.

—¿Qué hay? —preguntó.

—Nos está siguiendo una lancha que pilota un negro. Va solo.

—¡Qué barbaridad! ¡En menudo follón nos hemos metido!

—Yo creo que ese negro no viene con malas intenciones.

—¿Sí? ¿Por qué lo crees?

—Porque soy inteligente, y sé sumar datos. Pero no me hagas explicarte ahora todas mis cuentas... ¿Qué te decía? ¡Sal a ver esto!

Brett se decidió a salir, y vio la lancha en cuestión, acercándose a la *Desirée*. En efecto, a los mandos iba un negro, que sostenía en alto un bichero a cuyo extremo había atado algo blanco.

—Caray —sonrió Brett—, ¡parece Cristóbal Colón a punto de desembarcar!

—Cristóbal Colón no era negro —rechazó Marilola.

—¡Cómo que no! —Se pasmó Brett—. ¡Cómo no había de ser negro y bien negro si venía del mismísimo corazón del África Negra!

Un destello hermosísimo de risa pasó por los ojos de Marilola.

—Tú te refieres a Kunta Kinte, amiguito —dijo.

—Ah —se pasmó el yanqui—. Caray, pues quizá sí. Ten cuidado con ese negro: no me fío de él.

—¿Porque es negro?

—Aunque fuese más blanco que Santa Klaus no me fiarla de él. De modo que no lo pierdas de vista.

Marilola había parado el motor de la lancha, y el negro que llegaba en la otra había hecho lo mismo, de modo que, finalmente, llegó con el último impulso junto a la *Desirée*, diciendo:

—Oigan, soy amigo de ustedes, ¿de acuerdo? Me llamo

Wellington, y tenía instrucciones para esperarles y acompañarles. Les envía el señor Manning, ¿no es cierto?

—¿Has oído eso? —Se asombró Brett—. ¡Se llama Wellington!

—¿Qué te sorprende? Hay mucha gente que se llama Wellington.

—¿Mucha?

Marilola reflexionó, y acabó por admitir:

—Bueno, mucha no, es verdad. Pero hay gente que se llama Wellington.

—¿Conoces a alguien más, aparte de nuestro amigo?

—En este momento no caigo.

—Pues cuando caigas, avísame. ¡Eh, tú! —increpó al asombrado Wellington, que iba mirando de uno a otro—. ¡Amarra tu lancha a la nuestra y pasa al barco almirante!

—¿Al qué?

—Que pases a nuestra lancha —rió Marilola.

Brett entró en el camarín, vio a Luke bastante recuperado e intentando hacerse con el ensangrentado cuchillo y, sin más, le atizó en pleno estómago un puntapié brutal que estuvo a punto de matarlo. Luego agarró a Krane por el cinturón y lo sacó a cubierto como si fuese una bolsa de basura, que tiró al mar. Wellington ya estaba en la lancha. —Ayúdame a sacar al gigante, Wellington— le tendió la mano Brett—. Y será mejor que no nos hayas mentido en eso de que eres amigo nuestro. Tanto Marilola como yo tenemos muy mala leche.

—Yo no tengo mala leche —protestó Marilola—. Tengo mal genio con los cretinos y con gentes de mal vivir, eso es todo.

—A ver si eso no es tener mala leche —se encaró con ella Brett de Brando—, porque a fin de cuentas en este asqueroso mundo sólo hay cretinos y gentes de mal vivir, de modo que debes pasarte la vida en un cabreo perpetuo.

—Hombre, tampoco hay para tanto...

—Que sí. Y si no, a ver: ¿acaso no nos han traicionado? —De pronto Brett metió su pistola bajo la barbilla del pasmado Wellington—. ¿Eh? ¿Qué dices tú a esto? ¿Nos han traicionado o no? Porque resulta que nos envían desde Haití a Jamaica, y en pleno Caribe nos encuentran unos tipos que querían liquidarnos. ¿Vamos a ser tan tontos de creer que ellos, simplemente, adivinaron

nuestra ruta, quiénes éramos, el nombre de nuestra lancha...? ¿Tú qué dices a esto, moreno?

—Que yo no he sido... ¡Lo juro!

—No me gusta la gente que jura —dijo Marilola.

—¡Pues yo no he sido!

—¿Y por qué hemos de creerte? —se interesó Brett.

—Quizá el tipo que queda vivo dentro nos lo pueda decir —sugirió Marilola.

—Buena idea —Brett retiró la pistola de la garganta de Wellington—. Venga, saca al negro de ahí dentro y tíralo al mar. Y tú —miró a Marilola—, ¡a ver si pagas!

—No te debo nada —rechazó Marilola.

—¿No? Bueno, nos jugamos un beso, ¿no es cierto? Te dije que iba a proponerte un asunto relacionado con la litera, lo aceptaste, y además nos ha salido bien: me escondí, hemos engañado a esa gente, y seguramente nos hemos evitado muchos disgustos gracias a eso. ¿Es cierto o no es cierto?

—Sí, es cierto —admitió Marilola.

—Pues paga. Y te advierto que como no me pagues lo...

—Cierra la boca, ¿quieres? —refunfuñó ella—. Marilola siempre cumple lo que promete y paga lo que debe.

Se acercó a él, le echó los brazos al cuello, y lo besó en la boca. Wellington, que salía en aquel momento arrastrando al gigantesco Jason, se quedó mirándolos, atónito. Estaban en mar abierto, pero no precisamente en un lugar solitario absolutamente, pues en la distancia se veían embarcaciones y, no demasiado lejos, los Palisadoes.

El beso era de los buenos, no cabía dudarlo. Hasta el punto de que Brett de Brando comenzó a entusiasmarse demasiado. Tanto, que acabó por abrazar a Marilola con el brazo derecho, y, al mismo tiempo, con la mano izquierda se apoderó del seno derecho de la mulata...

Error.

Inmediatamente, lanzó un bramido, la soltó, y se llevó las manos a la boca, retrocediendo. Cuando mostró las palmas estaban manchadas de sangre, que brotaba del tremendo mordisco de Marilola a sus labios.

—¡Me ca...! —barbotó Brett de Brando.

—Eres un cerdo en todo.

—¡Sólo te acariciaba un pecho!

—¡No me acariciabas nada! ¡Me empezaste a *manosear*, y eso no me gusta ni había entrado en la apuesta! Yo estaba cumpliendo mi pago, ¿no es cierto? ¿Por qué siempre tenéis que estropearlo todo? ¡Puerco manazas!

—¡Vete al infierno!

—Vete tú, asqueroso machito.

—¿Y tú qué miras? —aulló Brett, mirando a Wellington con ojos de fuego, y blandiendo un puño—. ¿Quieres que te rompa la cara?

—Hombre, señor de B...

—¡Señor de leches! ¿Y qué haces con ese muerto? ¿Acaso pretendes quedártelo como recuerdo?

—No, señor, pero al verlos bes...

—¡Tíralo al mar y larguémonos de aquí! ¡Maldita sea mi estampa!

—En eso sí estamos de acuerdo —dijo Marilola.

—¡Vámonos de aquí!

—Sí, bwana.

Wellington se echó a reír. Brett de Brando entró como un tornado en el camarín, vio a Luke que comenzaba de nuevo a dar señales de vida, y le aplicó un puntapié espantoso en la cara, partiéndole la barbilla y enviándolo de nuevo al mundo de los sueños negros e infelices.

CAPÍTULO IV

—A ver si lo he entendido —murmuró Brett—. Alguien ha traicionado al grupo para el cual está trabajando Gregory Manning y la señorita Cavendish, y como consecuencia de esto han ocurrido toda una serie de desastres. Uno: se enteraron de que Marilola y yo veníamos hacia aquí y enviaron a liquidarnos. Dos: mientras tanto, liquidaron aquí a los amigos de Manning junto a los cuales tú tenías que llevarnos para que nos entregaran el paquete que hemos de llevar hacia Cuba. Tres: además de matarlos les quitaron el paquete. Cuatro: ahora están esperando a los tipos que salieron a liquidarnos en el mar, y los que Marilola y yo nos hemos cargado, para largarse de Jamaica con el paquete. Y cinco: seguramente se las arreglarán para cargarse en Haití a Manning y a la pelirroja. ¿Es eso?

—Sí —asintió Wellington.

—Y tú no sabes dónde están los tipos que se han cargado a tus jefes de aquí.

—No, no lo sé.

—Lo que me pregunto es cómo sabes todo esto —murmuró Marilola.

—Porque a mí me habían dicho que tenía que venir a esperarlos a ustedes al muelle para llevarlos con mis jefes, o sea, los amigos del señor Manning. Ya estaba todo convenido así, pero esta mañana tuve que ir a la casa del señor Jacobson...

—¿Quién es éste? —inquirió Brett.

—Jacobson era el jefe de aquí, el amigo... y también jefe del señor Manning. Aunque para mí que no se llama Jacob son, pues estoy seguro de que era cubano. Jacobson era el nombre que utilizaba para dirigir el grupo aquí, en Jamaica. Bueno, pues fui a la casa del señor Jacobson, y me lo encontré muerto, así como a los

demás ocupantes de la casa. Y entonces di importancia a los coches...

—¿Qué coche?

—El que había visto alejarse de la casa cuando llegué allá. Vi al hombre que conducía, pero no le di importancia, y tampoco al coche. Cuando encontré muerto al señor Jacobson sí que le di importancia. No sabía qué hacer, así que me fui al muelle para esperarlos a ustedes. Y entonces vi al sujeto y el coche. El coche estaba estacionado en el muelle, y el sujeto era ese negro enorme que hemos tirado al mar. Lo vi con los otros dos, y comprendí que lo sabían todo y que les estaban esperando a ustedes para matarlos también...

—Hombre, pues gracias por avisarnos —dijo Marilola, que ya se había quitado las falsas vendas.

—Bueno, eran tres, y pensé... que me matarían sin que, de todos modos, yo pudiera hacer nada por ustedes. Preferí esperar por si no los mataban y entonces ver el modo de ayudarles.

—Es listo el Wellington, ¿eh? —Gruñó de Brando—. Bueno, ya sabemos cómo lo sabes todo, sabemos que se han cargado a Jacobson, que nos han birlado el maldito paquete, y que estamos aquí sin más contacto que tú..., y sin poder comunicarnos con Manning. Y se me ocurre una cosa, amigo Wellington: ¿no serás tú el traidor?

—No, señor —sonrió Wellington—. Yo no sé nada de eso. Lo que sí sé es el teléfono del señor Manning en Port au Prince, porque le quité al señor Jacobson su billetera, y estaba escrito eso en un papelito.

—¿Y por qué le quitaste la billetera?

—Hombre, si estaba muerto el dinero ya no le servía de nada...

Brett de Brando tendió la mano en silencio ahora, y Wellington puso en ella la billetera. Marilola mostró en el acto su interés por ella, y no pareció sorprendida en absoluto cuando Brett extrajo de un simple doble fondo una tarjeta de identidad a nombre de Juan de Dios Cortés, cubano. Ni siquiera se molestaron en comentar entre ellos que Cortés y el tal Jacobson asesinado eran la misma persona. No había en la billetera ninguna otra cosa interesante, salvo un papelito colocado en uno de los departamentos para billetes, en el que había varios números telefónicos con unos nombres delante.

Excepto el nombre de Manning, que estaba escrito así, lisa y llanamente, los demás no eran identificables, pues se componían de unos extraños garabatos...

—Parecen como... taquigrafía —murmuró Marilola.

—¿Tú crees? —Frunció el ceño Brett.

—Bien tienen que significar algo, ¿no?

—Eso por supuesto. Bueno, nos quedaremos este papelito, por si más adelante puede sernos útil. En cuanto a Manning, creo que debemos avisarle cuanto antes de lo sucedido.

—Primero convendría que nos enterásemos de quién es el traidor, por si a Manning le resulta útil saberlo.

—¿Y cómo vamos a enterarnos de...? —Brett se dio una palmada en la frente—. ¡El hombre de la cara rota! ¡Buena idea, cachonda!

—No es para tanto: resulta elemental, puerco.

—¿A qué viene eso ahora? —Se pasmó Brett—. ¿Qué te he hecho, por qué me llamas puerco?

—No me gusta que me llamen cachonda.

—¿Por qué no? ¡A mí eso me parece un elogio para una mujer, y lo he dicho precisamente con esa intención!

—Pues a mí no me gusta que me llamen cachonda.

—¿Se puede saber por qué?

—Porque me suena a perro en celo.

—Anda, con lo que me sale ésta ahora... ¿Pues qué? ¿Cómo se le ha de llamar a una mujer que está como un tren?

—Guapísima.

—¡No me digas...! Eres muy fina, ¿sabes? Pero está bien, guapísima, supongamos que estás en forma, que te vendría muy bien acostarte con un hombre de pelo en pecho, o sea, que estás lanzada, vamos... ¿Cómo definirías tú ese estado físico sino cómo cachondo?

—¿Es que no sabes hablar de otra cosa?

—¡La culpa la tienes tú, por estar tan buena! ¡Y no has contestado a mi pregunta!

—Ni pienso hacerlo. ¿Qué te parece si nos ocupamos del asunto que quizá todavía pueda darnos a ganar veinticinco mil dólares? Todo lo que tenemos que hacer es regresar a Kingston, buscar un teléfono, llamar a Manning, y explicarle lo sucedido. Y decirle el

nombre del traidor, si es que nuestro invitado lo sabe.

Durante unos segundos Brett de Brando estuvo contemplando con más que evidente hostilidad a la hermosísima mulata. Luego, tras soltar un gruñido, se inclinó desde su posición de sentado en la litera, agarró a Luke por la ropa, y lo alzó, acercándole el rostro al suyo. Luke, que había yacido en el suelo prácticamente sirviendo de alfombra a los pies de Brett, miró a éste con expresión aterrorizada, y gritó:

—¡Lo diré, lo diré...! ¡Sé quién es el traidor y lo voy a decir, lo juro, lo juro...!

La decepción, la desilusión, apareció claramente expresada en el rostro de Brett de Brando:

—Ya ni se puede correr aventuras —masculló—. La gente es cada día más blanda, cada día va degenerando más y más.

—Eso es verdad —dijo Marilola.

—Tú te callas.

—Oigan —intervino Wellington, que iba de pasmo en pasmo— estoy seguro de que ustedes saben más que yo de todo, pero... ¿no les parece que lo que interesa ahora urgentemente es avisar al señor Manning en Haití?

* * *

Eran alrededor de las cuatro de la tarde cuando Gregory Manning colgaba el auricular del teléfono en la hermosa casa alquilada que ocupaba hacía varias semanas con la bella pelirroja Margaret Cavendish Esta, sentada en un sillón, había escuchado lo suficiente para saber que las cosas estaban funcionando muy mal.

—¿Qué ha pasado exactamente? —preguntó.

—Sube a hacer el equipaje de emergencia —replicó Manning, en ruso—. Tenemos que marcharnos de aquí inmediatamente. Localiza de pasada a Jacques y dile que venga. No podemos perder tiempo, Irina.

—De acuerdo. Sergei —asintió la pelirroja, hablando también en ruso.

Salió del salón. Manning llamó por teléfono encargando dos pasajes de avión para Kingston. Estaba colgando el auricular cuando el criado Jacques entró en el salón. Le hizo señas de que esperase, y

tras la primera llamada efectuó la segunda, utilizando el sistema automático internacional. Jacques permaneció impasible cuando oyó a Manning pedir por Ezequiel Carrasco, y asimismo cuando, a los pocos segundos, el tal Carrasco debió ponerse al aparato. Tampoco se alteró cuando Manning habló brevemente en ruso, y enseguida, chascando la lengua con expresión de disgusto, recurrió al español, que dominaba aceptablemente. Entonces sí, debido a sus relaciones con numerosos dominicanos, Jacques pudo entender lo que hablaba Manning con su interlocutor, el tal Carrasco, que lo mismo podía ser cubano, que dominicano, puertorriqueño, venezolano...

Como fuese. Manning le estaba citando en Kingston, Jamaica, y, tras convenir bien la cita, se despidió y colgó el auricular. Sólo entonces dedicó Manning una mirada expresiva a Jacques.

—¿Qué quieres? —inquirió.

—La señorita me ha dicho que usted me...

—Ah, sí, sí... Bueno, maldita sea, alguien me ha traicionado... Tenemos que marcharnos ella y yo urgentemente a Jamaica, Jacques. ¡Tan bien que lo teníamos montado todo y por un puerco traidor las cosas se han complicado de un modo increíble!

—¿Quién les ha traicionado, señor? ¿El yanqui?

—No —Manning se puso en pie, se dirigió hacia la librería, y abrió uno de los cajoncitos—. No ha sido el yanqui.

—Pero... ¿sabe usted quién ha sido, entonces?

—Desde luego que lo sé.

Diciendo esto. Manning sacó del cajón la pistola con silenciador, y se volvió hacia Jacques, apuntándole al pecho. Jacques quedó lívido, retrocedió un paso, abrió la boca..., y Manning disparó, metiéndole la bala en pleno corazón. El disparo apenas se oyó como un apagado «plop», pero el chupado Jacques sí hizo ruido al caer sobre la mesita, derribarla, y hacer rodar por el suelo todo cuanto había en ella, incluido el servicio del café...

Jacques quedó tendido cara al techo, con los ojos muy abiertos, el rostro crispado, despeinado quizá por primera vez en su vida. Sergei Kolniakov, es decir, Gregory Manning, se acercó a él, dura la expresión, implacable el gesto de su boca. Apuntó al ojo derecho de Jacques y disparó. Apuntó al ojo izquierdo, y disparó... Y aún estaban en el aire las salpicaduras de los reventados ojos cuando

todavía disparó por tercera vez consecutiva, destrozando la boca del criado.

—Esto te pasa por ver y hablar demasiado —dijo en ruso.

Oyó el taconeó en la puerta del salón, y se volvió. Irina Ilyenko apareció, cargada con una maleta y un maletín. Dirigió una mirada al espeluznante cadáver de Jacques, y dijo tranquilamente, en ruso, con su voz dulce y melodiosa:

—Nunca me gustó su modo de peinarse. Al menos Dorito resulta gracioso con su gran bigote.

—A Dorito lo tenemos controlado, y sin saberlo nos está sirviendo de verdad —dijo Manning—, pero este traidor nos ha ocasionado muchos problemas. Nos vamos a Jamaica.

—Estupendo —sonrió Margaret Cavendish—. Así volveré a ver a de Brando.

* * *

—Ahí están —dijo de Brando.

Marilola ni siquiera se molestó en contestar. Ella también estaba viendo a Gregory Manning y Margaret Cavendish entre los pasajeros del vuelo que habían acudido a esperar.

Diez minutos más tarde se reunían los cuatro en el vestíbulo, y Brett señalaba con el pulgar hacia fuera por encima del hombre.

—Ese negro, Wellington, nos está esperando en un coche.

—Perfecto —aprobó Manning—. ¿Han estado ustedes en la casa de Jacobson?

—No. Nos pareció mejor esperar que llegasen ustedes. Si sus órdenes hubieran sido otras...

—Está bien, está bien. Iremos todos allá, pero con las debidas precauciones... No sería nada agradable que los mismos que liquidaron a Jacobson nos liquidaran a nosotros.

Brett de Brando asintió, y le guiñó un ojo a Margaret.

—Bienvenida a Jamaica, Maggie —dijo alegremente.

Ella rió, se tomó de su brazo, y caminaron así hacia el lugar donde Wellington les estaba esperando con el coche.

Marilola miraba de reojo a Brett y Margaret, que parecían poco menos que amantes de toda la vida, mientras Manning no les hacía el menor caso.

Pese a la diligencia con que Manning lo había preparado todo, ya era de noche cuando habían llegado a Jamaica, pero eso les permitiría no perder tiempo. Wellington condujo directamente hacia donde estaba la casa de Jacobson, es decir, de Juan de Dios Cortés. Marilola se había sentado al lado del negro, y Manning iba en el asiento de atrás, con Margaret y Brett, que parecían querer incendiarse el uno al otro con la mirada.

—¿Y el prisionero? —preguntó Manning.

—Lo tenemos bien empaquetado en la lancha. Estuve a punto de cortarle el pescuezo, pero pensé que quizá todavía podría sernos útil para alguna cosa.

—Lo dudo —sentenció Manning duramente.

—Seguramente debe tener más relaciones de las que quiso admitir ante nosotros. Pero bien trabajado nos lo dirá todo..., incluso las cosas de su vida que ahora no recuerda.

—Tal vez —encogió los hombros Manning—. De todos modos va a venir a Jamaica alguien que nos dirá lo que tenemos que hacer.

—¿A usted también? —Se volvió Marilola en el asiento.

—También.

—Yo creía que era usted el más importante...

—No.

Marilola asintió, y volvió a mirar hacia el frente. Las luces de Kingston habían quedado atrás. Pero no se alejaron mucho de la capital. Cuando Wellington detuvo el coche el resplandor de la ciudad era perfectamente visible, como una bonita luciérnaga sobre el mar.

—Tendremos que asegurarnos de que todo está bien en la casa —dijo Manning.

—Podríamos ir Wellington y yo —dijo Brett—, y usted quedarse aquí con las mujeres, por si las cosas se ponían difíciles.

—Yo no me quedo aquí —dijo Marilola—. Yo voy a la casa.

—Tú harás lo que yo te diga —se le encaró Brett.

—¿A que no, guapo?

—¡Maldita sea...!

—Será mejor que vayan ustedes dos con Wellington —dijo Manning—. Nosotros esperaremos aquí. Si hubiese alguna señal de peligro disparen cuanto antes, para que nos enteremos.

Wellington había salido del coche, y esperaba, no muy tranquilo.

Brett y Marilola se apearon, y se fueron con él, recorriendo un amplio sendero flanqueado por hermosos y fragantes pinos que arrancaba desde la carretera muy cerca del lugar donde había quedado el coche.

La casa estaba apenas a seiscientos metros de aquí, pero con las precauciones que adoptaron para llegar a ella y finalmente entrar, invirtieron casi quince minutos. En este tiempo, los tres se habían convencido de que no había nadie allí... Es decir, sí que había alguien, pero estas personas ya no podrían perjudicar a sus semejantes nunca más.

En total eran cinco los muertos que yacían desparramados por toda la casa, todos cazados como bestias, a balazos, ensangrentados profusamente... Sus rostros parecían ahora de cartón piedra, y los ojos de cristal barato, tan abiertos y tan sin expresión humana.

—No se puede decir que los enemigos de Manning se anden con tonterías —murmuró Brett.

—Debieron entrar por sorpresa en la casa, sorprendiéndolos a todos y divirtiéndose cazándolos a tiros.

—Y se llevaron el paquete —gruñó Brett.

—Lo que significa que ellos sí sabían lo que es el paquete, y cómo es y dónde estaba escondido —replicó Marilola.

Brett de Brando se la quedó mirando fijamente. Wellington no había cazado lo que Marilola había querido decir, pero él sí.

—Tengo que admitir que eres inteligente —gruñó de nuevo.

—No sé si lo soy demasiado —replicó ella— pero es fácil comprender que nuestros adversarios saben qué y cómo es el paquete, y nosotros, que lo tenemos que recuperar y transportar a Cuba no lo sabemos. Es absurdo que se nos obligue a estar en estas condiciones de inferioridad sobre ellos.

—Nuestro amigo Luke sabe muchas cosas... —deslizó Brett—. Quizá sepa también ésta. —Quizá. Pero es Manning quien tiene que darnos explicaciones que nos permitan trabajar con las máximas garantías de éxito. De modo que le preguntaremos primero a él.

—A mí me divierte preguntarle a Luke —sonrió Brett de Brando.

—Eres un sádico.

Efectuaron un registro bastante minucioso de la casa, pero con muy pocas esperanzas de encontrar algo interesante, como así fue. Finalmente, ya desengañados, salieron al jardín, donde todo estaba

silencioso. Había una calma insólita. Recorrieron el jardín sintiéndose un poco como fantasmas, notando Marilola y Brett el nerviosismo de Wellington, que les pareció jocoso.

—No eres precisamente un héroe, ¿sabes? —dijo Brett.

—No me gusta la oscuridad, señor.

—Pues debería gustarte —dijo Brett, echándose a reír.

—Es un chiste idiota y repugnante —dijo Marilola—. Y si te vuelves a meter con Wellington porque es negro te las verás conmigo.

—¿En el campo de batalla o en la cama?

—Imbécil.

—No me moriré sin haberte metido un polvo. Volvamos con Manning.

Volvieron los tres al coche, y mientras regresaban hacia Kingston explicaron lo que habían visto, pues Manning optó por ello en lugar de llegarse él personalmente a la casa.

Cerca de las once de la noche estaban en el muelle, donde se despidieron Manning y Margaret, para mosqueo de Brett de Brando.

—¿Cómo que nos separamos? —dijo—. ¿Adónde van ustedes y adónde se supone que vamos nosotros?

—Nosotros tenemos un sitio adonde ir para esperar a la persona que llegará mañana por la mañana a Kingston —dijo—. Les enviaremos recado de cómo están las cosas.

—O sea, que hemos de pasar la noche en la lancha —dijo Marilola.

—Sí. Pero si quieren pueden salir a cualquier playa o cala, y regresar por la mañana.

—¿Y qué hacemos con el prisionero? —preguntó de mal talante Brett.

—Mátalo y tírenlo al mar, como los otros. En cuanto a lo del paquete, ya saben: si la persona que llega mañana lo considera oportuno serán informados de su contenido. Wellington, tú vente con nosotros.

Manning, Margaret y el negro Wellington se fueron con el coche, dejando a Marilola y Brett en el muelle frente a la lancha *Desirée*. Por fin, Brett reaccionó lanzando una fea maldición, y Marilola le miró y rió deliciosamente.

—¿De qué coño te ríes? —Casi gritó Brett.

—De ninguno. Sólo se me ha ocurrido que a lo mejor te habías prometido una noche de miel y la vas a tener de acíbar. Porque te advierto una cosa, guapo y reguapo: como esta noche intentes molestarme con tus insistencias de amor de bruto te meteré un par de balas en el vientre.

Marilola saltó del muelle a la lancha, y Brett, tras algunas imprecaciones, saltó detrás. Cuando entró en el camarín ella se estaba poniendo un jersey. En el suelo, tendido como si fuese un montón de basura, atado y amordazado sólidamente. Luke la miraba, y desvió ahora su aterrada mirada hacia Brett. Éste sacó la pistola, tomó la almohada, se acuclilló junto a Luke, y apoyando la almohada en su pecho le metió dos balazos en el corazón. Luke profirió una especie de maullido ronco, botó pese a estar atado, y enseguida se relajó completamente, desorbitados los ojos. Marilola salió, soltó la amarra, y puso la lancha en marcha.

Estaba saliendo del puerto cuando Brett de Brando se reunió con ella, tranquilamente.

—He estado mirando un mapa, y cerca de aquí tenemos una cala donde podremos pasar muy bien la noche. Dame los mandos, yo la llevo.

Marilola se apartó, entró en el camarín, y salió arrastrando el cadáver de Luke. Brett la miró expectante.

—No parece que te haya escandalizado mi modo de liquidar a la gente.

—A la gente como ésta, no. Sólo son asesinos de baja estofa que están mejor muertos que vivos. Lo echaremos al agua en cuanto naveguemos por algún lugar mínimamente profundo. Sólo hay una litera, de modo que podemos jugarnos a ver quién duerme en ella y quién en el suelo con una manta...

—Te cedo la litera —sonrió Brett—. Para que veas que soy todo un caballero.

—Recuerda mi advertencia, Brett.

—Tranquila. He estado reflexionando, y he decidido que no te haré el amor hasta que me lo pidas de rodillas.

—Pues lo mismo te daría hacer voto de castidad para el resto de tu vida —rió María Dolores Valcárcel.

CAPÍTULO VI

A las nueve de la mañana estaban de regreso al puerto. Poco después de las once vieron aparecer a Wellington, que les hizo señas sin acercarse a la lancha. Marilola y Brett abandonaron ésta, y se reunieron con el negro, que señaló hacia donde había dejado el coche.

—¿Llegó el gran jefe? —preguntó Brett.

—Sí. El y el señor Manning y la señorita Cavendish están en el Splendor Hotel, esperándoles.

—En un hotel —movió la cabeza Brett—. ¿Qué te parece?

Era un hotel fastuoso en el centro de Kingston, con jardín en la parte delantera, garaje subterráneo, y piscina y zona de recreo en la parte de atrás. El colorido era maravilloso, parecía todo como una tarjeta postal perfecta, encantadora. Había sombrillas de paja extensibles, camareros negros de son risa espectacular, chicas en bikini, parasoles listados de colores, flores...

—¡Me c...! —exclamó Brett—. ¡Ya no me acordaba de lo bien que vive alguna gente!

—Podías haberte afeitado, al menos —reprendió Marilola.

—Aféitate tú, si quieres.

Wellington soltó una risita, y Brett lo miró torvamente. Marilola, que no se había inmutado, señaló con la barbilla hacia delante, y el norteamericano, siguiendo la indicación, localizó de pronto a Manning, Margaret y al tipo de los grandes lentes de sol. Margaret estaba en bikini, y resultaba un auténtico regalo para la vista y una tentación para los sentidos. Marilola miró de reojo a Brett, y dijo:

—Tiene ubres de vaca.

—Envidiosa.

—Envidiosa, ¿de qué? Si yo quisiera tener unos pechos así todo

lo que tendría que hacer es comer como una vaca. Y tú sabes perfectamente que mis pechos son cien veces más bonitos que los de ella.

—Sí, pero los de ella son más acogedores.

—Eres un cerdo... ¿De modo que realmente lo hicisteis?

—A ver si lo del voto de castidad te lo has creído, boba.

Estaban ya demasiado cerca del grupo para contestar, y Marilola retrasó la réplica. Ya conocía a Gregory y Margaret, así que dedicó su atención al nuevo personaje. Era un hombre de algo más de cincuenta años, gordo, blando, melenudo, de piel muy blanca, vestido con un traje blanco. Los lentes de sol no permitían ver sus ojos en absoluto. Tan sólo un brillo que parecía siniestro mientras examinaba a los dos aventureros, el yanqui y la mulata.

—Yo soy Ezequiel Carrasco —dijo en el acto el sujeto, hablando en inglés—. No me importa que me conozcan, porque las referencias que tengo de ustedes me agradan, y los retendré a mi servicio. Conmigo siempre tendrán algo que ganar. Siéntense.

Wellington le trajo una extensible a Marilola, que se sentó en el borde. Brett se procuró una silla de una mesa cercana, y se sentó cerca de Margaret que, en efecto, parecía presta a sufrir un desbordamiento pectoral. Entre ella y la recién llegada Marilola no se podía decir que el grupo fuese el más discreto del lugar. Manning, que estaba en mangas de camisa y sudaba, llamó a un camarero y le pidió refrescos para todos. Brett había encendido un cigarrillo, y abandonó su excursión visual por la anatomía de Margaret para regresar su atención al sujeto llamado Carrasco. Marilola miraba hacia arriba, y apretó los labios al ver en una ventana el reflejo solar que le sugirió el objetivo de una cámara fotográfica.

—Con toda lógica —reanudó la charla Carrasco— ustedes quieren saber de qué va el asunto, pero voy a permitirme rogarles que acepten mi negativa a facilitarles esa información. Créanme: por el momento es mejor que no sepan ustedes qué es lo que contiene el paquete. Eso sí, les diré que su tamaño viene a ser como el de una maleta corriente... En realidad, se trata de una maleta con cierres especiales que contiene... una cosa. Es una maleta fácil de identificar, porque en cuanto uno la ve se pregunta cómo se podría abrir. No es nada fácil... sin estas llaves.

Mostró unas llaves. Marilola y Brett las miraron, y miraron de nuevo a Ezequiel Carrasco.

—Bueno, digan algo —instó Manning.

—Lo que teníamos que decir ya lo hemos dicho —aseguró Brett—. Si no quieren decirnos qué contiene la maleta, pues muy bien. Además, ¿qué importa ya? A fin de cuentas se la robaron a Jacobson, y no vamos a poder llevarla hacia Cuba, ¿no es así?

—Todavía se puede intentar —dijo Carrasco—. Sé dónde está la maleta..., es decir, no creo equivocarme. Ya debe haber llegado allí, y quizá estén estudiando el modo de abrirla. O quizá, simplemente, la dejen cerrada, sin más. Pero nosotros la necesitamos... Se me ha ocurrido que ustedes quizá podrían recuperarla.

—Es decir, quitársela a quienes se la quitaron ayer a Jacobson —dijo Marilola.

—Claro.

—Yo diría que eso es un riesgo extra, ¿no? —sonrió Brett.

—Lo es —admitió Ezequiel Carrasco—. Si recuperan la maleta les daré a cada uno otros veinticinco mil dólares.

—¿Dónde está y quién la tiene?

—Si mis cálculos no fallan la tiene un hombre llamado Servando Mendialdua, que tiene una villa en Port Elisabeth, en la isla de Béquia, en las islas Granadinas, claro.

—¡Fiuuu! —Silbó Brett—. ¡Eso está muy lejos de aquí!

—Mil millas —encogió los hombros Carrasco—. Hoy no hay distancias, señor de Brando. Si aceptan ir a buscar el paquete esta misma tarde podrían estar en Port Elisabeth... naturalmente con todos los gastos pagados.

—Y ciento cincuenta mil dólares para los dos —dijo Marilola.

—He dicho... Está bien —sonrió Carrasco—: setenta y cinco mil para cada uno, si recuperan el paquete. Pero no va a ser nada fácil. Se lo digo para que cuando lleguen allá estudien bien el lugar y las posibilidades antes de intentar nada. No es nada fácil entrar en la villa de Mendialdua..., y todavía es más difícil salir.

—No me diga que está fortificada.

—Pues lo digo. No con bunkers visibles, pero sí está dotada de todo un modernísimo sistema de vigilancia y seguridad. Además, naturalmente, dispone de varios hombres bien armados y perros que los acompañan.

—¿Y ustedes quieren que nosotros dos solos entremos allá y salgamos cargados con una maleta? —masculló Brett—. Para una cosa así sería necesario todo un comando, ¿no le parece?

—No. No quiero esa clase de personal para según qué cosas. Quiero las cosas hechas con discreción y limpieza, sin escándalos. Aparte, tengo la convicción de que si no lo con siguen ustedes, menos lo conseguiría un comando.

—Hombre —sonrió Brett—, me gustaría que nos explicara usted eso.

—Si Mendialdua se ve atacado por un comando tal vez lo primero que haría sería destruir la maleta y su contenido. Para mí está claro que él envió aquí precisamente un grupo de hombres que fueron a la casa de Jacobson, la tomaron por asalto a estilo comando, hicieron la escabechina que ustedes vieron, y se llevaron la maleta. Regresaron con ella a Port Elisabeth, con su amo. Mendialdua sabe lo que contiene la maleta, pero mientras la tenga él no se preocupará. En cambio, si teme que la recuperemos se apresurará a destruirla, ya que él sabe que esa maleta me haría ganar la partida, y que si la tiene él me ganará la partida a mí.

—¿Qué partida? —preguntó Marilola—. ¿De qué se trata?

Carrasco movió negativamente la cabeza, y dijo:

—Ciento cincuenta mil dólares para ustedes si me traen la maleta y la llevan hacia Cuba, tal como se convino. Eso es todo.

—Me muero de ganas de saber qué hay en esa maleta —refunfuñó Brett de Brando—, pero está bien, me lo tomaré con filosofía.

—¿Aceptan?

—Claro. ¿Verdad, Marilola?

—Sí, de acuerdo —dijo la dominicana.

—Perfecto —no pudo ocultar su satisfacción Carrasco— ¡Perfecto! Wellington va a ir ahora a sacarles dos pasajes en la Caribbean Air Lines para Saint George, en la isla de Granada. De aquí a Béquia pueden ir ustedes como mejor se acomode a las circunstancias; hay vuelos locales, pueden alquilar o comprar una lancha, alquilar una avioneta o un helicóptero... A su gusto y conveniencia. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —asintió Brett.

Manning hizo una seña a Wellington al tiempo que le ten día un

fajo de billetes, y el negro los tomó y se fue. Ezequiel Carrasco encendió un hermoso cigarro habano, cuyo aroma era inconfundible.

—No, gracias, no fumo —dijo Brett.

—Yo tampoco —rió Marilola.

—¿Les gustaría fumarse uno de éstos? —sonrió Carrasco—. No hay problema. Tengo todos los que necesitaré en mi vida y muchos más.

Ofreció uno a cada uno. Marilola aceptó la llama del encendedor de Brett, y mientras tanto le hizo a éste un gesto con las cejas y luego desvió breve y expresivamente los ojos hacia las ventanas de la parte de atrás del edificio del hotel, que daba a la piscina. Brett de Brando se limitó a asentir con la cabeza, y acto seguido encendió su cigarro.

—Una pregunta —dijo mirando apaciblemente a Carrasco—: ¿a usted le gusta hacer colección de fotografías, señor Carrasco?

—No comprendo.

—Me pregunto si es un empleado de usted el sujeto que nos está fotografiando desde una ventana del hotel... ¡No miren hacia arriba! Sólo contesten a mi pregunta: ¿es empleado de usted?

—¡Claro que no! —exclamó Ezequiel Carrasco, lívido.

—Tranquilos. Nosotros nos ocuparemos de eso —Marilola se puso en pie, agarró su bolso, y se alejó, fumando graciosamente el cigarro—. Pero, señor Carrasco, con ustedes vamos de sobresalto en sobresalto. Yo diría que no están muy bien preparados para esta clase de cosas... Por fortuna para ustedes han contratado a dos auténticos expertos. Y puestas así las cosas..., ¿qué tal si llegamos a los doscientos mil dólares? Cien para Marilola, cien para mí.

—Usted está abusando de la situación.

—Nada de eso —rechazó Brett de Brando—. Estamos ofreciendo unos servicios inmejorables en todo, y lo bueno se paga. Porque por ejemplo, aquí tiene usted al señor Manning, al que sin duda paga usted bien. ¿Y qué hace el señor Manning? Porque aquí, los que nos la vamos a jugar somos Marilola y yo, mientras ustedes, por unos cuantos dólares, todo lo que harán será esperar a que nosotros les resolvamos los problemas. ¿O no es así?

—¿Adónde va ella? —preguntó ásperamente Gregory Manning.

—Nada de desviar la conversación —sonrió Brett—. Atiéndame

a mí en esta conversación de negocios y deje tranquila a Marilola, que ella sabe lo que tiene que hacer y adónde va. Seguramente, a los servicios.

Marilola había entrado en el edificio, y subía ahora en ascensor. Salió de éste en el cuarto piso, se orientó en el pasillo tras hacer unos cálculos posicionales con respecto a la piscina, y, sin el menor titubeo, fue hacia las puertas de la derecha. Se detuvo ante una de ellas, aplicó una oreja a la madera, y escuchó. No se oía absolutamente nada. La mulata sacó del bolso un alambre, lo introdujo en la cerradura sin hacer ruido alguno, y en unos pocos segundos la tuvo abierta. Entró silenciosa como una pantera, cerró, y sacando la pistola dio un paso hacia el dormitorio de la *suite*. Lo pensó mejor, se quitó los zapatos, y reanudó la marcha.

El hombre seguía allí, en la ventana, todavía con la cámara en las manos, mirando hacia la piscina, pero sacando ahora más la cabeza por la ventana, al parecer buscando algo.

—Estoy aquí —dijo Marilola.

El hombre se volvió velozmente, lanzando una exclamación. Sostenía con ambas manos la cámara fotográfica. Era de mediana estatura, moreno, de grandes ojos oscuros. Tenía cara de rufián absoluto. Marilola movió la pistolita que empuñaba, señalando un lado de la pared.

—Deje la cámara sobre la cama y Colóquese ahí con las manos en la pared y los pies atrasados. Si me complica la vida lo mato.

El hombre se pasó la lengua por los labios, y obedeció. Dejó la cámara, se apoyó con las manos en la pared, y desplazó los pies hacia atrás, de modo que quedó apoyado hacia delante en la pared. Marilola se le acercó por detrás, le registró velozmente, y no encontrando arma alguna ordenó:

—Permanezca en esta postura hasta nueva orden.

Se acercó a la cama. Junto a la cámara Polaroid había un montón de fotografías que el sujeto había estado tomando. Naturalmente en las fotografías aparecían Ezequiel Carrasco, Gregory Manning, Margaret Cavendish, Wellington, y en las últimas también Marilola y Brett. Marilola retiró la placa de la cámara, esperó los escasos segundos del revelado, y la miró: la foto mostraba el mismo grupo, sólo que ahora sin ella.

Dejó las fotografías sobre la cama y miró al sujeto.

—Vuélvase. Y cuidado con lo que hace, se lo advierto.

El sujeto hizo lo que menos esperaba Marilola y, realmente, la sorprendió por completo. Habría tenido una cierta lógica que hubiera intentado atacarla cuando ya se hubiera vuelto y se hallara en buena postura para el salto, pero hizo lo inesperado: saltó hacia Marilola de espaldas y girando, con una agilidad de auténtico mico. Se produjo entre ambos un choque absurdo, ridículo, y Marilola cayó sentada al suelo y el sujeto quedó de pie ante ella manoteando para conservar el equilibrio, pero sin conseguirlo. Y viendo que iba a caer sobre Marilola, decidió aprovechar para pasar al ataque, así que engarfió las manos y se dejó caer sobre ella.

Marilola lo recibió sobre las plantas de sus descalzos pies y, siguiendo el impulso que él mismo se había dado, lo pasó por encima de ella fuertemente impulsado por las piernas hacia...

—¡Nooo...! —gritó el hombre.

También Marilola lanzó una exclamación..., pero ya no había remedio. Manoteando y gritando el hombre pasó por el hueco de la ventana, y desapareció de la vista de Marilola, dejando vibrando en el aire un chillido de terror.

Abajo se oyó el golpetazo contra las baldosas, y enseguida los gritos y las histerias. Marilola se puso en pie de un salto, recogió todas las fotografías, se abalanzó fuera del dormitorio, recogió sus zapatos, y salió al pasillo, cerrando la puerta de la *suite* tras ella. Guardó las fotografías y la pistolita en el bolso, se puso los zapatos, y se alejó por el pasillo, descendiendo por las escaleras tranquilamente. Abajo se oían ya algunas voces, pero todavía no se sabía nada concreto.

Cuando llegó al vestíbulo vio a varios empleados del hotel yendo de un lado a otro, todos pálidos. Algunas señoras gritaban. El conserje estaba llamando por teléfono... Marilola salió a la parte de atrás, y vio el grupo de gente rodeando la machacada forma del sujeto fotógrafo. Haciendo caso omiso de esto se encaminó hacia la zona donde estaban Brett y los otros, recogiendo el cigarro del cenicero donde lo había dejado antes al entrar en el edificio.

—¿Qué ha pasado? —se interesó Brett, cuando ella volvió a ocupar su asiento en el grupo.

—Me atacó y tuve que tirarlo por la ventana. No hay cuidado, nadie me ha visto con él ni cerca de su habitación. Tengo las

fotografías.

Las sacó del bolso y las tendió a Brett, que las pasó enseguida a Manning y Carrasco, los cuales, así como Margaret, contemplaban estupefactos a Marilola, que seguía fumando placenteramente. Reaccionando, Ezequiel Carrasco miró rápidamente las fotografías, y jadeó:

—Esto tiene que ser cosa de ellos... Debieron verme cuando tomaba el pasaje de avión para venir aquí, y me pusieron detrás a ese hombre para que me vigilase y viese con quién y dónde me reunía... ¡Menos mal que ustedes lo han solucionado!

—Lo he solucionado yo —dijo Marilola—. Y a fin de cuentas, los más favorecidos hemos sido Brett y yo, porque estoy segura de que a ustedes tres ya los tienen más que vistos, y en cambio nosotros somos desconocidos para sus rivales, sean quienes sean. La verdad, no me gusta que la gente vaya tomando fotografías mías sin mi permiso.

—¿Lo ve? —dijo Brett, mirando sonriente a Carrasco—: Ustedes nos están metiendo en riesgo tras riesgo, señor Carrasco. De modo que no se queje: por doscientos mil dólares contar con una pareja como nosotros es todo un regalo. ¿Verdad, Marilola?

—Nosotros no somos una *pareja* —rechazó la mulata—: somos un hombre y una mujer que están trabajando juntos, y nada más. Menos humos, amiguito.

—Créanme —gruñó Brett de Brando—: hace falta tener unos cojones así de grandes para soportar a una fulana como ésta.

CAPÍTULO VII

El avión de la Caribbean Air Lines tomó tierra en el aeropuerto de la isla de Granada a las siete y treinta y cinco minutos de la tarde, y, sin problema alguno, la señorita Val cárcel, dominicana, y el señor de Brando, estadounidense, desembarcaron, fueron admitidos, y poco después tomaban un taxi hacia la capital.

—Creí que no te admitirían, la verdad —dijo Marilola—. Después de la cochinateda que hicisteis en la isla hace poco, no entiendo que todavía se os tolere.

—Es muy simple —sonrió Brett de Brando—: soy simpático.

Le dejaron al chófer del taxi la iniciativa respecto a su alojamiento, y no se vieron defraudados. Se instalaron en el Meridian, en plena Main Street, cada uno en una habitación.

Y ya era de noche, y Marilola se disponía a bajar a cenar cuando llamaron a la puerta de su habitación.

—Soy yo —gruñó Brett, a requerimientos de la mulata.

Ésta abrió, y el yanqui entró, afeitado y pasablemente arreglado, de modo que Marilola lo miró con desconfianza.

—¿Qué quieres?

—He pensado que podíamos cenar juntos. Y en cualquier caso, agradecería tu compañía hasta que consiguiera una pistola. Maldita sea, no me explico cómo te has atrevido a tomar el avión llevando la pistola. Y todavía me explico menos que no te la hayan detectado.

—Llevo un doble fondo especial en mi maletín de viaje.

—No me digas.

—Puedes creerlo o no, pero la pistola está aquí, ¿verdad? —Ella la sacó de su escote—. En cuanto a lo de permanecer contigo, entiendo que pretendes que te sirva de guardaespaldas, ¿no es así?

—Sólo hasta que consiga un arma. Tal vez podríamos ocuparnos de eso antes de cenar. Tenemos dinero más que suficiente para conseguir una buena automática.

—No me fastidies —rechazó Marilola—. Si quieres buscarte un arma hazlo por tu cuenta. Yo quiero bajar a cenar y luego acostarme. No tengo reparo alguno en admitir que estoy bastante cansada. De modo que si quieres permanecer conmigo mientras cenamos, bien, pero luego me vuelvo aquí a dormir.

—No eres precisamente cariñosa, ¿sabes?

—¿Y por qué tendría que ser cariñosa con un despojo como tú?

—¿Por qué me llamas despojo? —se encolerizó Brett—. ¡Soy un hombre bien completo, maldita sea mi estampa!

—Pues tengo entendido que vivías como un cerdo.

—Eso es por culpa de la CIA.

—No me digas —entornó los párpados Marilola Valcárcel.

—Si quieres te lo cuento mientras cenamos.

—Me parece bien.

Veinte minutos más tarde, sentados a una mesa que tenía un búcaro de cristal con dos flores, tomando un martini, y contemplando el mar desde una encantadora terraza a la que llegaban los perfumes de la isla, Marilola preguntó:

—¿Qué tienes que ver tú con la CIA?

—Ahora nada, pero hace un tiempo fui uno de sus buenos elementos en el Caribe. Estaba muy bien considerado.

—¿Y por qué la dejaste?

—Me expulsaron. Quise quedarme un millón de dólares.

—¿De quién eran los dólares?

—Coño, de la CIA.

Marilola soltó una carcajada.

—¿Quisiste estafar a la CIA? —exclamó.

—Sí. Bueno, era un dinero que yo había recuperado de cierta operación que había fracasado. A fin de cuentas, el dinero lo recuperé con riesgo de mi vida, y a todos los efectos la CIA ya lo daba por perdido. Así que me lancé de cabeza a por él, lo conseguí, y cuando me las prometía tan felices me descubrieron y me pusieron de patitas en la calle. Y eso con suerte, que todavía me dijeron que debían haberme encerrado. ¡Puercos!

—Bueno. Brett, ellos estaban en su derecho de proteger su

dinero, me parece a mí. Y tú fuiste bastante ingenuo creyendo que podrías engañarlos. En cualquier caso, el dinero era suyo, no tuyo.

—Ya, ya. Pero te digo que se había dado por fracasada la operación y perdido el dinero. ¿Por qué no podía quedármelo yo, cuando para recuperarlo me jugué la vida en un trabajo extra? Era como si se lo hubiera birlado a otras personas, ¿no te parece? Escucha, llevaba siete años jugándome el tipo por la CIA en esta mierda de Caribe, donde cuando te descuidas ya te han metido un palmo de acero en el ombligo, y aquélla era mi oportunidad. Ni siquiera pretendía dejar el servicio, nada de eso. Lo único que quería era tener un dinerillo para cuando me retirase del servicio activo..., si es que llegaba a tiempo de hacerlo. Tú no entiendes de estas cosas, pero eso de retirarse en vida de la CIA no es nada fácil. Aun así, los pocos que lo consiguen reciben unas palmaditas en la espalda, y como ya no eres el que eras y tus músculos no responden, te meten en una oficina y a su debido tiempo te jubilan con cuatro centavos y te envían una postal el día de Navidad. No me parece que ése sea un futuro envidiable para quien hace una profesión de esto de jugarse la vida.

—No, no lo es —murmuró Brett—. ¿De modo que fue por eso que te expulsaron?

—Por eso. Bueno, se enfadaron un poco porque en la operación de rescate del dinero dejé escapar a un agente enemigo que en cierto modo me ayudó a esa recuperación. Maldita sea, ¿qué importaba agente más o agente menos? Era un pobre desgraciado que seguramente habríamos canjeado pronto por otro desgraciado de nuestro bando. El hombre casi lloraba cuando le dije que podía marcharse. ¿Para qué coño lo queríamos? ¿Para practicar el sadismo? No era nada, no era nadie. Y me había ayudado.

—En cualquier caso, pretendiste engañar a la CIA.

—Eso sí. No niego que fui un sinvergüenza, pero creo que no merecía ser expulsado. De todos modos, ahora me da lo mismo. Lo único que me importa ahora es tener unos cuantos centavos para cada día de sol, y vivir mi vida. Te diré más: con los setenta y cinco mil dólares de esta vez me las arreglaré para vivir como un rey el resto de mi vida.

—¡Ya será menos! —rió Marilola.

—El dinero hay que saber manejarlo, eso es todo. Seré yo más

rico con setenta y cinco mil dólares que otros con setenta y cinco millones. ¡Pero si vivir es muy fácil, guapísima! Claro que —guiñó un ojo— no voy a negar que con un millón de dólares viviría mejor, pero bien analizado... ¿Qué más da? Lo importantes es tener tiempo para vivir..., no para dedicarlo a cosas que no tienen nada que ver con la vida.

—¿Por ejemplo...?

—Por ejemplo, trabajar, espiar, hacer la guerra o dedicarse a coleccionar sellos. La vida es una cosa mucho más amplia y hermosa que todo eso. La vida es algo muy serio, amiguita..., y tal parece que nosotros nos la tomamos a cachondeo. Así que, aprovechando la ocasión de despido de la CIA, me puse a pensar y llegué a la conclusión de que de entonces en adelante iba a trabajar el padre de quien quisiera, pero no Brett de Brando. No sé si me he explicado.

—Yo diría que sí —sonrió Marilola.

—¿Subimos arriba a echar un polvo? —Brett puso una mano sobre la de Marilola, y le guiñó un ojo—. ¿Eh? ¿Qué te parece? ¿Lo hacemos?

—¿No habías decidido no hacer el amor conmigo hasta que te lo pidiera de rodillas?

—¿Ves? Eso demuestra mi inteligencia: mi ductilidad de pensamiento. ¿No dicen que es de sabios cambiar de opinión? Pues yo he cambiado... ¡Marilola, es que estás muy rica, vida mía!

Ella movió la cabeza, y dijo:

—Tal vez, cuando hayamos terminado este trabajo, escuche tus proposiciones. Siempre y cuando las hagas de rodillas, claro.

—Tu padre —gruñó Brett de Brando.

—Que te la vas a cargar, yanqui.

—¿O sea que nada de acostarnos juntos?

—Nada de nada. Cena, sal a buscar una pistola, descansa..., y por la mañana seguiremos en relación, ya que no vamos a tener más remedio si pretendemos recuperar esa maleta de la villa del tal Servando Mendialdua...

* * *

De Brando se metió en el coche alquilado a cuyo volante le

esperaba Marilola, y señaló con la barbilla hacia delante. La mulata puso en marcha el vehículo, y condujo alejándose de las proximidades de la villa de Mendialdua, donde había estado esperando a Brett mientras éste echaba un vistazo.

—La madre que lo parió —masculló Brett.

—¡Qué manía, con la familia ajena...! Bien, ¿qué has visto?

—Cariño, ahí no se puede entrar. No sería jugársela, sino perderla irremisiblemente, ¿comprendes? Hay más de una docena de hombres, sistemas de alarma, perros, verjas, fosos... Si cualquier persona normal pasa por delante solo verá una villa encantadora rodeada de bosque y jardín, pero a mí no me la pegan, ¿comprendes?

—Ya sé, ya sé: trabajas con la CIA. Bueno, pero tenemos que recuperar esa maleta, ¿no?

—Que no se puede, coño. Para entrar ahí y salir con la maleta habría que ser Superman. Y yo no lo soy. Soy un hombre con las narices bien puestas, tengo recursos, soy listo, pero hasta ahí llego. Lo imposible es imposible.

—Tal vez si fuese yo a echar un vistazo se me ocurriese algo.

—Tal vez —la miró irónicamente Brett—. Yo te espero aquí fumando y viendo pasar negras apetitosas. Hasta luego, chica lista.

La «chica lista» se fue, y regresó casi dos horas más tarde. Casi era ya mediodía, y hacía un calor tremendo. Marilola suspiró cuando se sentó en el asiento delantero junto a Brett de Brando, que bostezó, estiró la musculatura, y la miró amablemente.

—¿Qué? —inquirió.

—Tienes razón, no saldríamos de ahí con vida... a menos que dispusiéramos de un helicóptero. Y aun así no veo la cosa muy clara.

—Explícame eso del helicóptero.

—Yo entro en la casa, consigo la maleta, salgo corriendo, tú descienes en la villa con el helicóptero, y me sacas de allí.

—Estás loca —aseguró de Brando.

—Hay una cosa que me tiene desconcertada —murmuró Marilola—: esos hombres son soldados. O parecen soldados.

Ya sé que nos visten como soldados, pero se mueven como si lo fueran. ¿No te has dado cuenta de eso?

—Pues ahora que lo dices —parpadeó Brett—. ¡Demonios, tienes

razón! Tan ordenados, tan metódicos en su guardia, todo tan perfectamente organizado... Pero... ¿qué soldados?

—Tal vez cubanos.

—Ezequiel Carrasco es cubano —entornó los ojos Brett de Brando—. Supongo que te has dado cuenta.

—Claro. Y también debe serlo Servando Mendialdua, así que... quizá los hombres que vigilan la villa sean soldados cubanos, vestidos de paisano. A fin de cuentas el paquete teníamos que llevarlo hacia Cuba, ¿no es así?

—Es así —murmuró Brett—. Carrasco es cubano. Mendialdua es cubano. Manning y Margaret son rusos... Veamos: Carrasco quiere llevar algo a Cuba, y Mendialdua no quiere. Carrasco contrata a dos rusos que a su vez nos contratan a nosotros. Mendialdua utiliza soldados cubanos como guardia personal..., pero fuera de Cuba. Si consideramos esto y que Carrasco quiere introducir el paquete en Cuba de un modo clandestino, yo diría que ni uno ni otro están tramando nada que pueda beneficiar a Cuba. Los dos están tramando algo que posiblemente no le gustaría nada a Fidel Castro..., sólo que son rivales en la consecución de ese algo. Digamos que pretenden algo cada uno por su lado, y que se están haciendo la puñeta el uno al otro. Pero sea lo que sea no resultará nada bueno para Cuba, ya que se trata de algo clandestino... Así que podríamos preguntarnos: ¿qué pasa en Cuba?

—Que yo sepa, nada especial desde hace muchos años —murmuró Marilola.

—Pues yo tampoco sé nada, así que...

—Podríamos ir a preguntárselo a Servando Mendialdua.

—¡Buen chiste! —rió Brett—. ¡Anda que no tienes tú gracia, mulata! ¡Jo, jo, nunca he oído nada tan gracioso...! ¿O no es gracioso? Oye, no estarás hablando en serio, ¿eh? ¿O sí? Pero... ¿estás realmente loca? ¡Preguntárselo a Mendialdua! ¡Vaya ocurrencia! Sí, es toda una ocurrencia... Incluso sería divertido... ¿Te imaginas la cara que pondría Mendialdua...? Pero no, no vamos a cometer semejante disparate, ¿verdad? Claro que no. No. No, no... Vamos, digo yo que no, ¿eh? ¿Por qué me miras así? Vamos, no cuentes conmigo para eso... ¡Ni hablar! Yo no estoy loco... ¡No haría eso ni por un millón de dólares! Claro que sería algo inolvidable... Je, je... Oye, a veces tienes ideas graciosas, ¿sabes?

De esas que yo digo que tienen chispa... Pero si entramos ahí no saldremos con vida a menos que se nos ocurra algo cojonudo... Porque entrar ahí sería fácil, pero salir... Claro que dos elementos como nosotros podemos montar un tinglado de los buenos... ¡Coño, qué idea más buena, tú, mulata...!

—Ahora sólo falta que Mentialdua acepte recibirnos —sonrió Marilola Valcárcel.

CAPÍTULO VIII

—¿Y qué más? —preguntó Servando Mendialdua.

—Nada más —replicó Brett de Brando—. Ya se lo hemos explicado todo.

Mendialdua se puso en pie, y se acercó al ventanal del salón donde finalmente había recibido a la pareja visitante. Tenía muchas cosas que hacer, pero no había podido evadirse a la entrevista con dos personas que aseguraban que estaban de su lado y que pretendían ayudarle.

Y allá los tenía ahora. Un norteamericano con cara de mala leche y una mulata dominicana bellísima, en efecto. Ya tenía noticias de ellos, y de que habían sido contratados por el grupo de Carrasco. A fin de cuentas, él se las había arreglado para colocarles a Jacques en la casa, de modo que la mayor parte de las cosas las había ido sabiendo.

Pero no entendía a la pareja que tenía sentada en el salón. Nada menos que se habían metido ellos solitos en la boca del lobo. No parecían ni mucho menos tontos, de modo que tenían que haberse dado cuenta de que la villa era una fortaleza disimulada, de la que jamás podrían salir sin su permiso... No, no entendía al norteamericano y a la mulata.

Se volvió hacia ellos.

—Bueno, ustedes me han explicado todo lo que saben del asunto, y se han sincerado conmigo en el sentido de que han sido enviados aquí para recuperar la maleta, pero no logro comprenderles. ¿Qué se proponen exactamente al traicionar así a Carrasco?

—Hemos pensado que podríamos salir beneficiados con esto —dijo Brett de Brando—. Por un lado, nos gustaría satisfacer nuestra

curiosidad respecto al contenido de esa maleta. Por otro lado, se nos ha ocurrido que en lugar de cobrar setenta y cinco mil dólares para liquidarlo a usted u robarle la maleta, podríamos cobrar veinticinco mil nada más de usted por informarle de las cosas que se traman en su contra.

Servando Mentialdua quedó atónito, igual que los tres hombres armados que habían entrado con los visitantes.

—¿Me están pidiendo veinticinco mil dólares? —exclamó.

—Y que nos diga lo que contiene la maleta —sonrió Marilola—. Eso es para satisfacer nuestra curiosidad. ¡Yo no podría volver a dormir si no lo supiera, de veras!

Los castaños ojos de Mentialdua iban de una a otro velozmente. El cubano era un hombre alto, delgado, de porte elegante y enérgico (hasta el punto de que Marilola y Brett sabían ya que era un militar), muy atractivo a sus aproximadamente cincuenta años de edad.

—Me pregunto —sonrió de pronto— si ustedes dos me están tomando el pelo.

—Claro que no —rechazó Brett.

—Entonces están tramando algo —desconfió Mentialdua.

—Ya le hemos dicho el qué —se sorprendió Marilola—: saber lo que contiene la maleta y veinticinco mil dólares para cada uno. Y tal vez el negocio podría redondearse.

—¿De qué modo?

—Mire, lo evidente es que nosotros no vamos a poder llevarnos la maleta de aquí, ¿verdad? Eso aparte, meterse contra usted sería de locos... De modo que hemos pensado hacerlo al revés; si nos paga usted los sesenta y cinco mil a cada uno regresamos a Jamaica y le quitamos de en medio a los dos rusos y a Ezequiel Carrasco.

—¿Harían eso?

—Seguro que si —apoyó Brett de Brando.

Mentialdua estuvo unos segundos observándolos. De pronto se dirigió a la puerta, y abandonó el salón. Regresó unos siete u ocho minutos más tarde, acompañado ahora de media docena de hombres parecidos a él, que se acomodaron en silencio en el salón y se quedaron mirándolos especulativamente.

—¿Qué pasa? —Gruñó Brett—. ¿Quiénes son éstos?

—Son amigos míos con los que estaba conferenciando en el

salón grande aquí al lado —dijo Mendialdua—. Les he explicado la oferta de ustedes, y han querido conocerlos.

—Ya. Ustedes son de los que creen que el rostro es el espejo del alma, y pretenden saber lo que pensamos en realidad viéndonos las caras. Bueno, allá ustedes.

—¿De verdad no sabe usted qué contiene esa maleta, señor de Brando? —preguntó uno de los desconocidos.

—De verdad.

—Pues nosotros se lo vamos a decir: contiene ocho recipientes con virus.

—¿Con qué?

—Con virus. Es con esos virus que Ezequiel Carrasco y su grupo pretenden realizar su plan.

—¿Cuál plan? —preguntó Marilola.

—Nos sorprende que el señor de Brando no lo sepa, trabajando para la CIA.

—No trabajo para la CIA —refunfuñó Brett—. He dicho que *trabajé* para la CIA, pero de eso hace ya tiempo.

—¿Y por qué será, señor de Brando —intervino otro de los cubanos desconocidos—, que nosotros creemos que usted *continúa* trabajando para la CIA?

—Usted sabrá. Pero no es cierto. Ya le he explicado al señor Mendialdua...

—Usted puede explicar todos los cuentos chinos que quiera, pero nosotros no estamos obligados a creérselo, señor de Brando —intervino otro.

—Ya.

—Nosotros pensamos —intervino otro más— que usted no ha dejado de trabajar para la CIA en ningún momento. Lo cual significaría que todo este plan viene tramándolo la CIA hace más de tres años.

—Puede creerlo o no, amigo, pero no tengo la menor idea de lo que está usted diciendo —gruñó Brett.

—Yo se lo voy a explicar —dijo amablemente Mendialdua—. Usted, y evidentemente la señorita Valcárcel, están sirviendo los intereses de la CIA, o cuando menos...

—¡Oiga, a mí no me meta en esto! —saltó Marilola—. ¡Yo no tengo nada que ver con la CIA!

—Tal vez no —sonrió Mendialdua—. Pero eso ya lo veremos. Permítame explicarle al señor de Brando..., y usted, si le interesa cómo están las cosas. Veamos... Hay en Cuba un grupo de malditos vendidos a los intereses norteamericanos que pretenden nada menos que poner Cuba en manos de Washington. Les explicaré cómo: ellos arruinan Cuba, la enfrentan a Rusia, y Estados Unidos recoge los despojos. ¿Lo entienden?

—No —aseguró Brett.

—La maleta que ustedes desearían agenciarse contiene ocho cargas de virus especiales, que ciertos laboratorios norteamericanos fabricaron expresamente para la operación..., naturalmente contratados por el grupo que está tramando el asunto. Ese grupo, contando o no con la ayuda de la CIA pretende que esos virus sean lanzados sobre Cuba, lo cual se efectuaría desde ocho avionetas...

—¿Qué consecuencias acarrearían esos virus? —preguntó Marilola.

—La muerte de prácticamente toda la vida vegetal en la isla, señorita Valcárcel.

Quedarían solamente las especies más fuertes entre las cuales le aseguro que no se encuentra el café ni la caña de azúcar, por ejemplo. Es decir, que toda la agricultura cubana moriría en menos de seis horas, lo que significaría la ruina de Cuba. Una ruina total y absoluta. ¿Y qué pasaría entonces? Pues pasaría que los norteamericanos, al ayudar a Cuba...

—¿Los norteamericanos? ¿Por qué no los rusos?

—Porque los rusos y los cubanos se habrían enfadado, ya que los cubanos, al descubrir que los virus habían sido manejados e introducidos en territorio cubano merced a los manejos de dos rusos espías (pues eso y no otra cosa son Manning y su amiga, como ustedes ya saben), creerían que Rusia era la que había tramado el asunto, a fin de dejar inerte a Cuba y domeñarla como en mejores tiempos pasados... Mejores para Rusia, se entiende. Por eso. Carrasco contrató a los dos rusos: ellos tenían que dar la cara, y a su vez, ellos debían contratar a uno o dos yanquis para que intervinieran en la operación. Preferiblemente tenían que ser alguien relacionado con la CIA para que sus planes fuesen perfectos. De este modo, si algo salía mal, todo seguiría acusando a los rusos, que parecía que para cubrirse la retirada y que no se les relacionase

con lo sucedido habían contratado a un ex agente de la CIA, o quizá todavía agente en activo. Se trataba en suma de que todo acusase a Rusia aunque los agentes de ésta, para protegerse, hubieran contratado a uno o dos norteamericanos. ¿Comprenden?

—Claro —masculló Brett de Brando—. En definitiva, un grupo de norteamericanos, según usted dice, quería arruinar Cuba, pero de modo que pareciera que era debido a manejos rusos.

—Exactamente. ¿Y qué pasaría entonces? Pues pasaría que los «bondadosos» norteamericanos ayudarían a Cuba... anexionándola a Estados Unidos.

—¿Qué?

—¿No lo entiende? —rió Mendiualdua—. Señor de Brando, les estoy diciendo que hay en Estados Unidos un grupo de personas que han tramado todo esto a fin de arruinar Cuba, recoger sus despojos, y convertirlos en un Estado de la Unión, en uno de los Estados Unidos..., que muy pronto volvería a ser rico y floreciente. Con lo que la economía y la estrategia norteamericanas se habrían apuntado un grandioso triunfo. Y no digamos en cuanto a la eliminación de problemas en el actual territorio norteamericano, al tranquilizar a todos los cubanos residentes en USA, que pasarían a ser ciudadanos de derecho de los Estados Unidos de América.

—La madre... que los parió... —jadeó Brett.

—Rusia jamás permitiría eso —dijo Marilola—. Antes organizaría la Tercera Guerra Mundial, sin vacilar ni un segundo.

—Eso lo sabemos nosotros, señorita Valcárcel, pero indudablemente en Estados Unidos hay gente que todavía duda que Rusia tomara esa decisión, así que... ha decidido probar. Si les sale bien, dentro de poco Cuba será un estado yanqui. Si les sale mal..., ¿qué pierden ellos? ¿Una guerra? Bueno, como a ellos, que tienen sus refugios antiatómicos, no ha de alcanzarles...

—¡Me c... en todo! —bramó Brett, poniéndose en pie de un salto—. ¡Voy a cargarme gratis a ese hijoputa de Carrasco...!

—¿Lo ve, señor de Brando? —rió Mendiualdua—. ¿Ve cómo usted sigue trabajando para la CIA?

—¡No señor, no sigo trabajando para la CIA, me expulsaron por ladrón, pero de eso a permitir que se desencadene la Tercera Guerra Mundial hay mucha diferencia! ¡Me voy a cargar a Carrasco, a los dos rusos..., y las madres que parieron a todas esas bestias...!

—Buena idea —aprobó Mëndialdua—. Si yo fuese usted, antes de matar a Carrasco le obligaría a confesar los nombres de sus amigos en Cuba y de los socios norteamericanos con los que está tramando toda la operación. Acto seguido, y para no complicarme la vida, entregaría esa lista de nombres a la CIA para que ella cortase de raíz y definitivamente este brote que sólo fructificaría en esa guerra mundial que no dejaría títere con cabeza.

—Eso voy a hacer —aseguró Brett—. ¡Voy a agarrar a Carrasco por los cojones y le voy a obligar a decirme todos esos nombres! ¡Y maldita sea mi estampa si no le facilito una lista a la CIA y una copia de esa lista al servicio secreto de Fidel Castro!

—Magnífica decisión, señor de Brando. Hágalo, hágalo.

—¿Significa eso que no es usted integrante de ese servicio secreto, señor Mëndialdua? —preguntó Marilola.

—No exactamente.

—Pues... ¿qué es usted? ¿Qué parte tiene en este juego?

—El de patriota cubano que, sin escándalos ni riesgos está intentando evitar que suceda nada malo a Cuba. Soy el teniente coronel Servando Mëndialdua, señorita. Y mis amigos son también militares, con los que he formado un grupo que podríamos llamar... de contención de desastres para Cuba. Uno de esos desastres se llama Ezequiel Carrasco, de modo que si realmente ustedes están dispuestos a matarlo yo estoy dispuesto a ayudarles.

—Yo me lo cargo —dijo Brett—. ¡Le juro que me lo cargo! Pero no sin sacarle esa lista, palabra.

—De acuerdo. Tal vez haya sido afortunado para todos que ustedes hayan intervenido en el asunto. Veamos, señor de Brando, yo estaría encantado de facilitarles una avioneta particular con la que pudieran regresar a Jamaica tras informar telefónicamente a Carrasco que han conseguido su objetivo y que le llevan la maleta. ¿Qué le parece?

—Estupendo —sonrió Brett—. Y le diremos también que le hemos robado a usted la avioneta.

—Los pequeños detalles los dejo de su cuenta. Mientras tanto, si quiere llamar por teléfono...

—Sería mejor esperar unas horas —dijo Marilola—. No resultaría creíble que llegáramos anoche a la isla y ya hubiéramos conseguido nuestros propósitos. A fin de cuentas Carrasco sabe que

esto es una fortaleza.

—Tiene razón —asintió Mendialdua—. Podemos esperar unas horas, o quizá un día más. Mientras tanto, naturalmente, estaré encantado de tenerlos como invitados en la villa. ¿Quieren una sola habitación... o dos?

—Dos —dijo enseguida Marilola.

* * *

La puerta de la habitación de Marilola se abrió sigilosa mente, y una sombra se deslizó al interior. La voz de Brett de Brando sonó suavemente en la oscuridad:

—Marilola...

—Te estoy oyendo perfectamente, Brett. Incluso te veo un poco. No me digas que quieres un par de balazos en el vientre.

—¿Es que sólo sabes pensar en el sexo? —protestó él—. ¡He venido a hablarte de cosas serias! Si alguien me ha visto creerá que he venido a hacer el amor contigo, pero eso ya nos va bien... Guíame hacia la cama.

—Ya vas bien... Mi voz te sirve... Eso es. ¿Qué haces?

—Voy a meterme en la cama contigo..., ¡pero que se me caigan las manos corrompidas por la lepra si tan siquiera llego a tocar! Escucha, voy a pasar la noche en esta cama, porque de lo contrario nos cortarían el cuello a los dos, pero tranquila, ¿de acuerdo? Sólo he venido a hablar.

—De acuerdo. Habla.

—He conseguido entrar en el salón grande...

—Yo también.

—¡Ah! Entonces... ¿has visto al enorme mapa de Cuba que tienen allí, lleno de banderitas y señalizaciones?

—Lo he visto.

—¿Y qué opinas de él, qué te ha parecido eso?

—Lo mismo que a ti. Sobre ese plano se está organizando una invasión de Cuba. Pero una invasión interior, es decir, una revuelta, un golpe cruento de Estado, o llámalo como quieras. Dicho de otro modo: los días de Fidel Castro están contados, tanto si quienes llevan adelante sus planes son Carrasco y su grupo, o Mendialdua y su grupo de militares golpistas.

—Eso he pensado yo. Y hay en ello un problema tremendo. Brett... Tanto si se pone en acción un plan como otro los rusos creerán que ha sido cosa de Washington. O sea, que dos grupos cubanos con diferentes ambiciones pretenden cambiar las cosas en Cuba, pero, pase lo que pase, Rusia y Estados Unidos se enfadarán una con otra.

—O sea, la guerra prácticamente inevitable.

—Sí.

—Pues tenemos que cargarnos a Mendialdua y a Carrasco.

—Así es. Buenas noches, Brett.

—Y a Manning —añadió Brett.

—Seguro. Y de paso a Margaret. ¿O a ella no?

—También —dijo duramente Brett de Brando—, porque además de hacer el amor muy mal sé que sus intenciones son tenerme fascinado para disponer de mí a su antojo, y llevarme en el momento oportuno al matadero con la mansedumbre de un corderito. ¿O creías que no me había dado cuenta?

—Sólo me preguntaba si podías ser tan tonto.

—Pues no.

—Lo celebro. Buenas noches.

—Maldita sea mi estampa... ¡Esto sólo me pasa a mí! ¡Fracaso en el robo de un millón de dólares y ahora me encuentro en la cama con la tía más buena del mundo y no puedo echarle un polvo!

—Calla y duerme.

* * *

—¿Todo entendido? —preguntó Servando Mendialdua—. La maleta contiene peso suficiente para que en primera instancia convenzan a todos de que lo que hay dentro son los virus. De este modo tendrán tiempo suficiente para matar a Carrasco y los dos rusos. Luego, en esta misma avioneta, regresan con mis hombres aquí, y les pagaré lo prometido.

—De acuerdo —asintió Brett—. Ah, una cosa, señor Mendialdua: suba un momento a la avioneta, tengo que decirle algo... personal.

Servando Mendialdua no sospechó nada extraño ni por un momento. En la magnífica avioneta iban cuatro de sus hombres, bien armados, que acompañarían en su viaje a Jamaica a Marilola y

Brett..., y que luego, cuando ya éstos hubieran matado a Carrasco y a los dos rusos tras conseguir o no la lista de implicados en el asunto de los virus, se encargarían a su vez de matarlos a los dos, y regresar con la avioneta. De este modo, Mendialdua se aseguraba todos los triunfos y la máxima discreción. ¡Y qué astuta jugada por su parte utilizar contra Carrasco a sus propios enviados...!

—¿De qué se trata? —preguntó cuándo estuvo arriba en la avioneta.

—¿Sabe? —sonrió de Brando—: es usted un gorrino asqueroso. ¿Y sabe cómo mueren los gorrinos?

La mirada de Mendialdua, súbitamente alarmada, saltó hacia los asientos de la avioneta, donde viajaban sus hombres..., que ahora estaban como petrificados bajo la amenaza de la pequeña pistola que empuñaba Marilola, y que era imposible saber de dónde la había sacado, pues la habían registrado y no...

Mendialdua recordó a de Brando, y regresó a él la mirada, vivamente, con tremendo sobresalto. Todavía vio la sonrisa del yanqui, y divisó, como si se tratase de un relámpago, el brillo del cuchillo. Luego ya no supo nada más: el cuchillo de cocina que Brett se había agenciado y ocultado en un calcetín le cortó el gáznate de oreja a oreja, de modo brutal, escalofriante. El impacto fue fortísimo, y el cadáver de Mendialdua, soltando un espantoso chorro de sangre salió despedido fuera de la avioneta, cayendo cerca de los pies de los amigos que le esperaban, y que habían acudido al campo acompañándoles. No una pista formal para aviones, sino la explanada desde la cual habían decidido que partiese la avioneta...

Todavía no reaccionaban los militares cómplices de Mendialdua contemplando el cadáver de éste cuando de Brando saltaba ya a los mandos de la avioneta, cuyo motor ya estaba en marcha, y la dirigía campo adelante, sin más preocupación que la de elevar el aparato.

Dentro de éste, uno de los soldados especiales que servían los intereses de los golpistas consideró que había que hacer algo y lo hizo, ciertamente: murió. Intentó sacar su arma para disparar contra Marilola, y la dominicana, sin inmutarse, disparó una sola vez, metiendo la bala entre las cejas del cubano, que volvió a sentarse, bizcos los ojos y la boca abierta, crispado el rostro.

—Me quedan once balas —dijo Marilola—, porque esta pistolita es especial; así que decidid vosotros mismos si queréis morir o vivir.

La avioneta se elevó, dejando abajo, en pleno descampado, el cadáver de Servando Mendialdua y a sus atónitos compañeros de golpe. De Brando les echó una mirada, rió, y efectuó un corte de mangas.

—¡Y pensar que me la estoy jugando por Fidel Castro! —exclamó.

—Si —rió también Marilola—. ¡Quién nos lo había de decir! El nunca podrá agradecérselo.

—¿Y por qué no? Soy capaz de presentarme allá y pedirle un millón de dólares como recompensa.

—¡Vaya obsesión que has pillado con el millón de dólares!

—¡O podríamos pedirle dos, uno para cada uno!

—¿Quieres hacer el favor de dejar de incluirme en tus planes? Y haz el favor de perder altura y velocidad. ¡No voy a pasarme más tiempo en tensión vigilando a éstos!

Los soldados miraban aterrados a Marilola, que, como de Brando, hablaba a voz en grito, único modo en que podían oírse el uno al otro. El mar apareció enseguida, hermosísimo, de un azul refulgente de sol que se despide. La avioneta descendió y perdió velocidad. Marilola señaló con un gesto de cabeza la portezuela de la avioneta.

—Venga, vosotros —dijo—, ¡saltad!

Los tres hombres la miraron con expresión desorbitada, y no se movieron. Marilola frunció el ceño, extendió el brazo, y apuntó a uno de ellos con su pistolita.

—¡Nos vamos a matar si saltamos! —chilló el hombre.

—Y si no saltáis os voy a matar yo. ¿Qué os pasa? ¿Os asusta morir y no os asustaba organizar una revuelta armada en Cuba, donde habrían muertos miles o cientos de miles de compatriotas vuestros...? ¡Saltad, perros!

—Nos mataremos, nos mataremos... —sollozó otro.

—Tenéis cinco segundos para abrir la portezuela y saltar Si no saltáis de ese modo saltaréis después de que yo os haya matado.

Los tres cubanos corrieron hacia la portezuela, la abrieron, se volvieron a mirar a Marilola, y cuando vieron los ojos de la dominicana no se lo pensaron más. Saltaron, y eso fue todo.

Marilola no sintió el menor interés por ellos. Todo lo que hizo fue llevar el cadáver a la portezuela y lanzarlo también al mar. Luego fue a sentarse tranquilamente junto a Brett de Brando, que la miró y sonrió.

—Marilola, ¡eres única!

—Lo sé —sonrió la mulata—. Bueno, esperemos que cuando lleguemos a Jamaica nuestros «amigos» nos estén esperando conforme a lo convenido y en el lugar convenido...

—Con el dinero convenido —puntualizó Brett.

—Sí, eso también tiene su importancia. Aunque no será un millón de dólares. —Doscientos mil. Bueno, menos es nada...

—¿Cómo, doscientos mil? ¡Querrás decir cien mil!

—Cien mil para cada uno, pero como somos dos...

—¡No somos dos! Somos uno y una, que no es lo mismo.

De Brando comenzó a renegar, pero acabó diciendo:

—Bueno, espero que Carrasco haya podido reunir el dinero para cuando nosotros lleguemos. Porque si no hay dinero, ¡no hay maleta! Y a propósito de maleta, los virus se han quedado en Granada, en la villa del difunto Servando Mendialdua.

—Que en paz descanse.

—Que en paz descanse —rió Brett—, o que se lo lleve el demonio. Se me está ocurriendo una idea cojonuda, tú, mulata: voy a utilizar una de las ondas de radio de la CIA para llamarles y decirles de qué va el juego, a fin de que vayan a por esos virus, y que nos estén esperando en Jamaica para entregarles la lista de los amigos de Carrasco y todo eso. ¿Qué te parece? ¿No es una buenísima idea?

—Formidable —aseguró Marilola—. Mira, a mí jamás se me habría ocurrido, de veras. —¡Estoy harto de que te pitorrees de mí!

—Llama a la CIA y déjame en paz, ¿quieres? —propuso Marilola—. Y no me molestes hasta que estemos llegando a Jamaica o quieras que te releve a los mandos.

—Estoy harto de ti... ¡Harto!

—Pues mira, con decirnos adiós cuando todo esto haya terminado dentro de tres o cuatro horas, asunto arreglado. ¡Con lo fácil que es decir adiós, amiguito!

ESTE ES EL FINAL

—Simplemente, los matáis —dijo Carrasco—. Ya buscaremos a otros para que lleven los virus hacia Cuba. De Brando y Marilola saben demasiadas cosas, y eso no nos interesa.

—Pero son dos formidables elementos —murmuró Margaret Cavendish—. De otro modo no habrían conseguido la maleta... ¡No comprendo cómo han podido quitársela a Mendialdua!

—Y encima le han birlado la avioneta —añadió Manning—. Realmente hay que admitir que son dos fuera de serie, señor Carrasco.

—Por eso mismo. Demasiado fuera de serie: son audaces, inteligentes, nadie parece capaz de detenerlos... No, no, no. Prefiero gente más manejable. Audaz, pero más manejable. De modo que en cuanto salten a tierra los matáis a los dos, agarramos la maleta, y nos vamos... ¡Me parece que ahí llegan!

Señaló hacia las luces de la avioneta, que pasó muy cerca de ellos y se alejó, para regresar perdiendo altura sobre la explanada. Alrededor todo era oscuridad, el lugar estaba bien elegido. Ezequiel Carrasco señaló hacia el exterior.

—Vamos a su encuentro. Tú espéranos en el coche. Wellington.

—Sí, señor. Aunque me gustaría ver cómo los matan...

—Hay placeres imposibles —rió Manning—. Pero te llevaremos

a

Port-au

Prince para que veas cómo nos cargamos a Dorito, el muy listo. ¡Ése también sabe demasiado, y no me sorprendería que tuviese tratos con la CIA!

—Claro que no los tiene —rechazó Margaret—. Si los tuviera, ya la CIA se habría metido con nosotros. Precisamente de eso se trataba, ¿no? De utilizar a alguien que pudiera tener vinculaciones con la CIA de tal modo que según como reaccionase ésta sabríamos si estaban al corriente de lo que se está fraguando o no sabían nada. Y como la CIA no ha hecho nada, es que nada sabe, y por tanto Dorito no es de la CIA.

—De todos modos, hay que eliminarlo —dijo Carrasco, ya caminando los tres hacia donde debería detenerse por lógica la avioneta—. No quiero seguir adelante con el asunto utilizando un personal que por una causa u otra ha tenido que hacerse ver demasiado. Cargaros ahora a Marilola y de Brando, y mañana a Dorito en Haití. Y ya basta de charla.

—Sólo una cosa más —rió Margaret—. ¿Era necesario traer el dinero de verdad?

—Lo era —gruñó Carrasco—. Con tipos como de Brando hay que ir con mucho cuidado, porque te pueden salir con cualquier sorpresa, de modo que por si conviene que cambiemos momentáneamente de planes, bueno será que podamos enseñarle el dinero.

La avioneta se había detenido, y sus luces se apagaron. Carrasco y los dos rusos se hallaban a menos de cien metros del aparato, y fue justo entonces cuando de repente varias sombras brotaron del suelo, y una voz llegó nítida hasta ellos:

—Las manos por encima de la cabeza inmediatamente. Les habla la CIA.

Hubo un instante de estupor en los tres personajes. Acto seguido Gregory Manning lanzó un grito de rabia, y metió la mano bajo su axila izquierda en busca de la pistola. Cerca de él, a su derecha, se oyó el chasquido de un disparo efectuado con silenciador, y Manning volvió a gritar mientras giraba sobre sí mismo para caer como fulminado al suelo. Para entonces. Carrasco y Margaret ya tenían los brazos bien altos. Ya nadie se movió.

Un minuto más tarde, procedente de la avioneta, llegaba al lugar Brett de Brando, perfectamente visible a la luz de la luna. Se acercó a Carrasco, le quitó el maletín con el dinero, y, sin más, le aplicó entre las ingles un patadón bestial que fulminó al cubano.

—¡Lo vas a matar! —protestó uno de la CIA.

—Que no, hombre, que os lo dejo vivo. Un trato es un trato: los doscientos mil dólares para mí y ellos para vosotros. Adiós, esbirros.

—Cabrito —le replicaron.

—Y tan cabrito —rió Brett de Brando—. ¡Le estoy salvando la vida a Fidel Castro!

Otro minuto más tarde, el ex agente de la CIA abordaba de nuevo la avioneta, donde esperaba Marilola Valcárcel a los mandos.

—¿Todo ha ido bien? —se interesó la mulata.

—Todo perfecto. He visto ahí a un par de amiguetes... Bueno. Carrasco está en el saco. Y nosotros tenemos el dinero. O eso creo. ¡Como ese puerco nos haya mentido también en eso...!

Pero no. Cuando Brett abrió el maletín ambos pudieron ver los bien enfajados billetes auténticos dentro, y suspiraron a la vez.

—Ahora quiero mi parte —dijo Marilola.

—¿Qué pasa si no te la doy? —La miró Brett en la penumbra de la cabina, disipada apenas por las luces del tablero de mandos, y sobre todo por el resplandor lunar.

—Atrévete a hacerme una cochinada a mí y verás lo que...

—¿Quieres dejar de amenazarme? —aulló Brett de Brando—. ¡Estoy hasta aquí de tus amenazas y tus baladronadas, y una cosa es que yo te deje que vayas fanfarroneando y otra cosa que te lo creas! Maldita sea mi estampa, para que lo sepas, te he dejado que hiciera en todo momento lo que te diese la gana porque en cuanto te vi me chiflé por ti, y me dije: ¡ésta, ésta es la mujer con la que me voy a matar a polvos para el resto de mi vida! Y me sales con que eres feminista, y fanfarrona, y provocativa... Estoy harto, ¿te enteras? ¡De modo que si quieres tu parte quédatela, y quédate también la mía si quieres, pero deja de amenazarme y de hacerte la esfinge, porque yo sé que estás loca por mí! ¿A que sí?

—Sí, es verdad —admitió Marilola—. De modo que nos iremos juntos como una pareja, y lo pasaremos fenómeno los dos.

—¿Estás hablando en serio? —tartamudeó Brett de Brando.

—Claro. No iba a decirte que apenas verte sentí que me derretía de gusto, ¿verdad? Pero puesto que tú has admitido que te pasó algo parecido cuando me viste a mí, pues ahí va eso... Confidencia por confidencia, mi amor: si tú estás loco por mí, yo estoy que muerdo el viento por ti, de modo que tú dirás qué hacemos.

—¡Cómo que qué hacemos...! —aulló Brett de Brando—. ¡Cómo

que qué hacemos, cómo que qué hacemos...!

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...